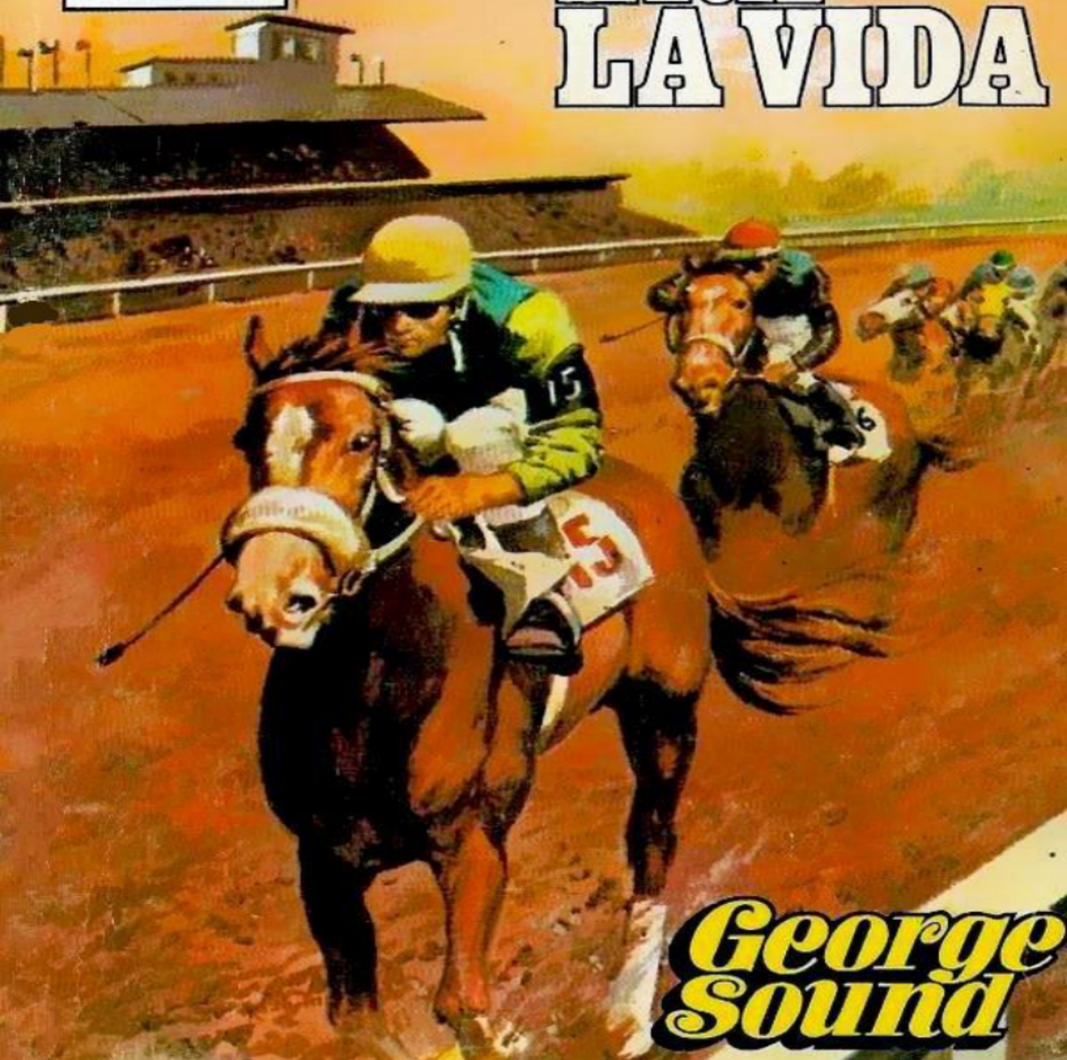
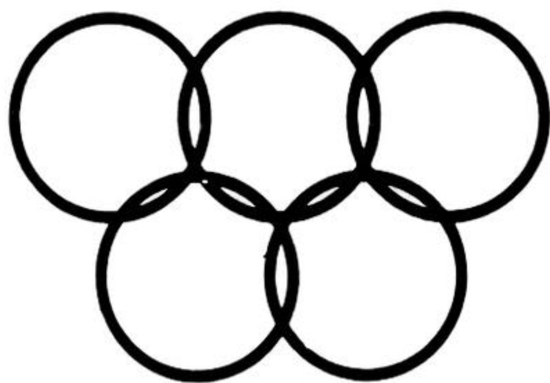

BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION
LA APUESTA ERA LA VIDA
George Sound



COLECCION
DOBLE JUEGO



ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

40 — Máscara de oro. Alan Parker
41 — Vuelo sin retorno, Ronco Sarto
42 — ¡Ganador! Alex Simmons
43 — Ídolo de barro, Lucky Marty
44 — Manos vacías, Lem Ryan

GEORGE SOUND

LA APUESTA ERA LA VIDA

Colección
DOBLE JUEGO n.º 45
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 310-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero. 1983
2.ª edición en América: agosto, 1983

© George Sound - 1983
texto

©Martín - 1983
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Parets del Vallès (N 152 Km 21.650) Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Arlie Thompson colocó la chaqueta en el respaldo de la silla. Era un hombre muy ordenado.

—¿Qué tal anoche, Arlie? —le preguntó Sally, su compañera de mesa.

—La resaca no me ha dejado dormir hasta las cinco de la mañana. Estoy hecho cisco. ¿Ha habido alguna novedad?

—Sí, te han llamado por teléfono, pero no me han querido dejar el nombre. ¿Te traes algo entre manos?

—No. Tan solo cuatro o cinco novias a la vez —contestó irónico—. ¿Han dicho si volverán a llamar?

—No. Pero me imagino que lo harán. La persona que llamó parecía algo apurada.

—¿Era hombre o mujer? —inquirió Arlie.

—No sabría decirte. Era una voz tan nerviosa que resultaba indefinida. Podría ser lo mismo un hombre que una mujer.

Arlie echó un vistazo al montón de papeles que la tarde anterior había dejado sobre la mesa. Un botones se acercó con el correo y le dejó unos sobres.

Comenzó a leer una de las cartas y en ese preciso momento sonó el teléfono.

—Ponte tú —dijo Sally—, es posible que sea la misma persona que llamó antes.

—Dígame —respondió Arlie.

—¿Es usted Arlie Thompson? —contestó la voz al otro lado del hilo telefónico.

—Yo mismo.

—Si va usted rápidamente al 23 de Boulevard O'Neill conocerá una noticia de interés.

—¿Cuánto interés?

—Un asesinato.

—Oiga, ¿quién es usted?

—Lo siento, no puedo decirle nada más.

—Oiga, escúcheme...

El click del teléfono le hizo comprender que la otra persona había colgado. Se sentó tranquilamente y empezó a reflexionar.

Acababa de llegar a la redacción del periódico, con una resaca fenomenal y un sueño de antología, y le avisaban una voz histérica de que se iba a cometer un asesinato. ¿Estaban tomándole el pelo?

—¿Era el mismo de antes? —curioseó Sally.

—Sí. Creo que me están gastando una broma pesada.

—¿Por qué razón?

—Me han dado la dirección donde se ha cometido... o se va a cometer un asesinato. No especificó la cosa.

—¡No me digas! ¡Chico, qué emocionante!

—No digas tonterías, nena. Lo más probable es que sea uno de esos cretinos que de vez en cuando llaman a la redacción para informar de una chorrada.

—¿Y no sientes curiosidad por saber si es o no cierto?

—En eso estamos de acuerdo. Iré a ver qué pasa, por supuesto.

Thompson recogió su chaqueta y se dirigió hacia el despacho del jefe de la sección deportiva. A través de los cristales comprobó que estaba solo y sin llamar entró en su cueva.

—¡Qué hay, Chester! Empieza bien la mañanita. Acabo de recibir una llamada en la que me dicen que se ha cometido o que está a punto de cometerse un asesinato. Aunque no sea asunto de nuestra sección, como han preguntado por mí creo que debería acercarme para ver qué pasa. ¿De acuerdo?

—Lo más probable es que pierdas el tiempo, aunque yo también creo que debes ir. En cuanto tengas alguna noticia, pasa la información a la sección de sucesos, que no quiero tener problemas con ellos.

—Está bien, Chester, así lo haré.

* * *

Aparcó el coche justo enfrente del número 23 de Boulevard O'Neill. Cruzó la calle y entró en el portal. La casa no tenía ascensor y por otro lado tampoco le habían comunicado cuál era el piso del crimen. Subió a pie por la escalera evitando hacer ruido. En el rellano del primer piso se acercó a la puerta derecha y pegó la oreja. No se oía nada. Hizo la misma operación en la otra y al arrimarse, la puerta cedió. Empujó suavemente y metió la cabeza para otear el camino. A su izquierda se alargaba un pasillo oscuro que dejaba ver un trozo de habitación con una hamaca al lado de la ventana.

Se aventuró a pasar y atravesó el corredor. Al llegar al salón, la luz del sol que entraba por el ventanal le impidió ver, en un primer momento, con claridad. Pasados los primeros segundos pudo observar el entorno.

El caos y el desorden reinaban en la habitación. Y en medio, en un charco de sangre había un cadáver.

Se acercó hasta donde estaba el hombre tendido y pudo ver su rostro de medio lado. Era John, John O'Sullivan, su compañero de la sección de deportes.

* * *

—Cariño, estás guapísima. Ese corte de pelo te sienta fenomenal.

—Tú que me miras con buenos ojos, Arlie. Pero dime, ¿qué te ha pasado esta mañana que me has llamado tan pronto?

—Simplemente quería hablar contigo un rato y tomar una copa. He tenido un día bastante movidito y me apetecía salir.

—¿Y en qué ha consistido la movida?

—Pues nada, el cadáver de un compañero del Daily que ha aparecido asesinado, interrogatorios con la policía... vamos, un día normalito.

—No te preocupes, amor. Después de tomar esta copa nos vamos a mi apartamento y te ayudo a relajar los nervios, ¿te parece?

—¡Cómo no, muñeca! Eres maravillosa.

* * *

El sargento Pinkerton le miraba con ojos inquisitivos. Arlie Thompson intentaba guardar la compostura pero empezó a cansarse de la terquedad del policía.

—Le repito, sargento, que John y yo éramos buenos compañeros. Todo el mundo en la redacción lo sabía. Era un formidable comentarista de carreras de caballos y uno de los mejores críticos. No tengo la más remota idea de por qué le mataron.

—Y ¿por qué le llamaron a usted para darle la información en lugar de hacerlo a la sección de sucesos?

—¿Y cómo quiere que le conteste a esa pregunta? Yo no fui quien llamó. Probablemente lo hicieron porque yo era amigo suyo.

—Hemos estado investigando y al parecer frecuentaban ustedes bastante el club «Moby Dick», ¿es cierto?

—Sí, íbamos a menudo.

—Pues testigos presenciales nos han informado de que usted y el señor O’Sullivan mantuvieron una fuerte discusión un par de días antes de su asesinato, al parecer por una de las camareras del club.

—Es cierto, pero no tuvo ninguna importancia. John estaba un poco borracho y no sabía bien lo que decía. Y ¿qué piensa? ¿Qué voy a matar a un amigo porque tuve una discusión con dos copas de más? Por favor, no me haga reír.

—No pretendo hacerle reír, señor Thompson. Solo le advierto de que está usted metido en un buen lío.

—Está bien, sargento. Si pretendía ponerme nervioso ya lo ha conseguido. Pero le aseguro que trataré de enterarme de lo que está pasando aquí y quién quiere implicarme en este asesinato. Voy a llegar hasta el final en el asunto.

—Le recomiendo, señor Thompson, que se mantenga usted al margen y que deje a la policía que cumpla con su obligación. Si se inmiscuye usted en nuestro trabajo le puedo garantizar que su situación será aún peor. Más vale que deje las cosas como están. Métase en sus asuntos y procure estar localizable en cualquier momento. Y olvídese de los reportajes en el extranjero. No abandone la ciudad hasta que yo se lo diga.

—A la orden, jefe. Empieza usted a caerme simpático.

El portazo le hizo entender que no era del todo cierto.

* * *

Arlie miró su figura reflejada en el escaparate de la *boutique*. Francamente no estaba nada mal. Una prueba era su éxito con las mujeres. Se quedó mirando un traje gris marengo que estaba bien de precio y decidió comprárselo.

—¿Qué desea, señor? —dijo la dependienta.

—¡Hombre! con el cuerpo que tienes, desearía bastantes cosas, pero de momento enséñame... el traje gris del escaparate en la talla cincuenta y ocho.

Decididamente era un tío simpático.

* * *

El día amaneció fresco y Arlie echó en falta su pañuelo de cuello.

Los días siguientes al asesinato de su compañero se habían presentado bastante tranquilos. Hasta el momento la policía no le había molestado ni una sola vez más. Solo cruzó un par de frases agrias con el sargento Pinkerton en el funeral de su amigo, y tuve que soportar la mirada suspicaz de algunos familiares del difunto.

Había decidido suspender las investigaciones por unos días para hacer creer a la policía que desistía del caso, pero en su fuero interno daba vueltas a conversaciones, frases e ideas que corrían por la redacción en torno al tema.

Como casi todas las mañanas, su mesa estaba llena de papeles y recortes de otros periódicos.

—Hoy me invitarás a una copa, ¿verdad, Arlie? —sugirió coqueta Sally.

—Esta tarde soy todo tuyo.

—¿Y esta noche?

—Bueno, eso ya lo pensaremos después, ¿no te parece?

—¿Has visto tu página del combate de boxeo de ayer?

—Sí, porque me quedé hasta última hora para ver los originales.

—La foto es fantástica ¿verdad?

—James es muy bueno. Siempre iba con O'Sullivan a las carreras. Nadie como él para hacer las fotos de llegada.

El teléfono interior sonó interrumpiendo la conversación.

—Thompson al aparato, ¿qué hay?... De acuerdo... Ahora mismo voy.

Colgó el aparato y se dirigió a Sally:

—Me han llamado de talleres. Hay un problema con mi reportaje para el dominical. Si me llama alguien toma el recado, por favor. Vuelvo enseguida.

Atravesó el largo pasillo que conducía a la sala de montaje.

El ruido de las máquinas, separadas tan solo por un fino tabique, era ensordecedor.

En la sala de montaje no encontró a nadie.

Esperó a que la luz roja del laboratorio se apagara y abrió la puerta. El interior, completamente a oscuras, olía fuertemente a ácido. En la sala contigua se encendió la luz.

—Johnny, ¿no está Alex por aquí?

—No le he visto.

—Me han llamado desde talleres para comprobar un original y pensé que había sido él... Con este ruido vais a terminar todos locos.

—Acaba uno por acostumbrarse. El mes que viene creo que nos trasladan a la otra ala. Yo aquí dentro, no me entero mucho, pero la gente de montaje tiene dolor de cabeza a los cinco minutos de haber entrado a trabajar.

—Voy a ver si le encuentro en máquinas. Hasta luego.

Abrió nuevamente la puerta y la luz de neón cegó sus ojos.

«Desde luego —pensó—, soportar todo el día aquel ruido debía ser muy duro».

En la sala de máquinas tampoco encontró a nadie. Un par de operarios al fondo gesticulaban en una acalorada discusión.

Arlie se acercó a una rotativa que estaba parada. Precisamente habían empezado a tirar la página donde iba su reportaje y era probable que la hubieran parado a causa del problema surgido a última hora. Porque todos los problemas surgían siempre a última hora.

Metió la mano entre las enormes ruedas de la máquina para extraer un ejemplar. En ese preciso instante se puso en marcha.

Retiró la mano en un rápido movimiento reflejo, pero no pudo evitar que el dedo índice quedase atrapado durante unos segundos por la mole.

De un tirón consiguió sacar el dedo maltrecho y sanguinolento.

De no haber andado listo hubiera perdido el brazo y quizá la cabeza, aplastados por la potente maquinaria.

Agarrándose la herida dio la vuelta a trompicones.

Habían puesto la máquina en funcionamiento desde el lado contrario y

eso le impidió ver a la persona que había apretado el botón.

Ya no había nadie al otro lado.

Miró hacia el fondo de la nave y vio a los dos hombres que seguían discutiendo en el mismo sitio, pero por la puerta de salida creyó ver a alguien con un mono azul que se escurría sigilosamente...

No había duda: ¡Habían querido matarle!

Por lo menos trataron de herirle gravemente.

Tenía que descubrir lo antes posible aquel misterio... si le daban tiempo.

CAPÍTULO II

Angie regresaba a casa un poco tarde. La oscuridad de los edificios la puso nerviosa de repente. Preocupada, miró el reloj. Eran las dos de la mañana.

El trabajo se había prolongado hasta muy tarde.

Esperó en el aeropuerto a Félix Lam, el cantante de moda, hasta las doce y media de la noche. Su avión llegó con retraso, pero ella tenía que hacer las fotos y llevarlas a la revista a primera hora de la mañana, como fuera.

En todo el día no había tenido noticias de Arlie. Últimamente se veían poco porque él estaba desquiciado con el asunto de O'Sullivan.

Cruzó la arcada cubierta de flores que terminaba en su portal. Creyó ver una sombra detrás de una de las columnas. Rápidamente retiró la idea de su cabeza y pensó:

«¡Qué tonta soy! ¡Arlie ha conseguido ponerme nerviosa a mí también!»

Apenas hubo formulado este pensamiento, una mano oprimió con gran fuerza su boca. Se sintió arrastrada hacia el jardín y no pudo hacer nada para evitarlo. La persona que la atacaba tenía una fuerza descomunal.

La presión de la mano se hizo más fuerte.

Sin poder ver a su enemigo, Angie intentaba girar la cabeza para desasirse de la zarpa.

—Voy a soltarte. Si gritas te mato.

La voz bronca sonó a su espalda.

Efectivamente sintió el rostro libre al cabo de unos segundos. Gesticuló con la boca para desentumecerla y miró al hombre que la había atrapado.

Un gigantón corpulento, con la cabeza rapada y los ojos saltones se situó frente a ella, con las piernas abiertas, para tratar de impedirle el paso.

Pero Angie no estaba dispuesta a quedarse quieta y echó a correr.

La bestia humana la cogió del pelo, la arrastró nuevamente unos metros más allá y le propinó un par de bofetadas que la hicieron perder el conocimiento.

No supo cuánto tiempo había transcurrido, pero al entreabrir los ojos volvió a ver, frente a ella, al mismo hombre.

—Esta vez no escaparás, zorra. Y dile a tu amiguito que no se meta en los asuntos ajenos si quiere que conserves tu linda cara. Y para que lo recuerdes aquí, tienes este regalo.

El puñetazo fue directo a la mandíbula.

Angie volvió a perder el conocimiento.

* * *

—¿Cómo te encuentras, Angie? No sabes cuanto lo siento, cariño.

—Ha sido menos grave de lo que parecía en un principio. Mañana podré irme a casa, aunque el ojo no volverá a su sitio y a su color hasta dentro de quince o veinte días.

—¿Recuerdas al hombre que te lo hizo?

—No le olvidaré en mi vida.

—Te aseguro que lo va a pagar muy caro.

Le pasó la mano por la mejilla con dulzura. Tenía el pómulo izquierdo muy hinchado y el ojo prácticamente cerrado. Con el labio partido le era muy difícil masticar.

—¿Quieres que te parta más la carne?

—No, Arlie, no es cuestión de la carne. Tengo la boca como si fuera corcho. Espero estar en poco tiempo tan atractiva como hace un par de días, ¿recuerdas?

—Claro que sí, preciosa. Yo te garantizo que vas a quedar no como antes, sino mucho mejor. Y lo vamos a celebrar en el restaurante más caro de la ciudad.

«Pero esos cerdos... se van a llevar su merecido», pensó.

—Trata con frialdad este tema, porque la situación es peligrosa. Al parecer esta gentuza no se anda con miramientos. Cuando salga del hospital y me reponga, encontrarás en mí al ayudante más capaz del mundo. Aunque sea lo último que haga en mi vida, te voy a apoyar en todo lo que hagas para descubrir qué es lo que pasa.

—Sabía que no te acobardarías, Angie.

—Me he visto mezclada por salir contigo y te garantizo que no voy a dejar de verte por esto. No te librarás de mí tan fácilmente.

Una sonrisa picarona, deformada por la hinchazón de la cara, puso fin a la conversación.

Arlie la besó en la frente como despedida.

* * *

Al salir del hospital se fue directamente a casa. Tenía que pensar en todo lo que había ocurrido desde que encontrara muerto a O'Sullivan.

Se preparó un baño y puso un disco de Eric Clapton. Fue al mueble-bar y se preparó un *gimlet*, su bebida favorita. La sugerencia de este gin-tonic con lima le llegó a través de Bogart en una de sus famosas películas.

Con el vaso lleno en una mano y un oloroso puro en la boca, entró en la bañera haciendo equilibrios.

La perfecta temperatura del agua le relajó todos los músculos a un tiempo. Estaba claro que era la mejor manera de poder reflexionar tranquilo.

Habían intentado matarle en los talleres del periódico y a su chica le habían dado una paliza fenomenal. ¡Y eso que aún no había comenzado en serio la investigación!

Como decía Angie, la gente a la que se enfrentaba no se andaba con chiquitas.

Además la policía contaba con él como sospechoso por aquella estúpida discusión que mantuvo con John en el «Moby Dick».

El «Moby Dick»... ¡Buen sitio para empezar a indagar en serio!

Tras su brillante deducción pensó que no hay nada como un buen baño.

* * *

El ambiente estaba muy denso. Cantidades ingentes de humo recorrían el club de una parte a otra. El aire acondicionado no debía funcionar bien.

Lucy, la camarera, tenía los ojos enrojecidos y muy brillantes.

—¡Cuánto tiempo sin verte, Arlie! ¿Qué ha sido de tu vida en este tiempo? Ya me enteré de lo de John. Fue terrible. ¿Tú estás bien?

—Sí, voy tirando —dijo en tono preocupado—. Y a ti ¿te pasa algo? Tienes los ojos como si te hubieras llevado un buen sofocón.

—¡Qué va! —rio la muchacha—. Es el humo. ¿Qué vas a tomar?

—Ponme un whisky. Me gustaría hablar contigo un momento, Lucy. ¿Es posible?

—Ahora mismo estoy liadísima. Pero si quieres te puedes sentar en aquella mesita del rincón y espérame... un cuarto de hora —dijo consultando el reloj—. Ronald está a punto de bajar y podrá sustituirme un rato.

Se alejó con el vaso de whisky y se sentó en una minúscula banqueta. Dio un vistazo a su alrededor y encontró varias caras conocidas. Allí estaba James, el fotógrafo, con una rubia despampanante que tenía aspecto de modelo. Y Jerry, el crítico de cine más golfo del mundo, acompañado por un tipo con barba a quién no conocía.

Dejó volar el pensamiento y recordó a Angie. Tenía que llamarla para saber cómo estaba. Desde que tuvo el incidente, la llamaba todos los días.

No se percató de la presencia de Lucy hasta que esta le tocó en el brazo.

—¿No querías hablar conmigo?

—Perdona, estaba pensando y no me había dado cuenta de que ya estabas aquí. Voy a ir derecho al grano. La policía estuvo aquí haciendo preguntas y se enteró de que John y yo habíamos discutido un par de días antes de su muerte.

—Y quieres saber quién se lo dijo.

—No, en absoluto. Lo que quiero saber es por qué John y yo discutimos aquella noche.

—A eso no puedo contestarte.

—Quizá sí. John me dijo durante la discusión que o pretendía salir contigo y que, a sus espaldas, habíamos estado saliendo. En un principio yo tomé esta afirmación como una obsesión propia de quien tiene dos copas de más, pero después lo he estado pensando y lo cierto es que él insistió muchas veces y además me lo insinuó en otra ocasión... Tú y yo no hemos salido nunca juntos, ¿no es cierto?

—Totalmente —respondió Lucy.

—Entonces ¿de dónde había sacado John la idea? Vosotros dos sí habíais salido en algunas ocasiones ¿verdad?

—Sí —aseveró la chica.

—Y ¿no serías tú quien le sugirió a John, o mejor, quien le dijo a John que nosotros nos habíamos divertido juntos.

El gesto de sorpresa la traicionó.

—Verás, Arlie, yo...

—Comprendo. Y ¿por qué motivo?

En aquel momento se acercó a la mesa un muchacho rubio con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí, Lucy? ¿Por qué no estás en la barra? No puedes permitirte el lujo de sentarte a hablar con un cliente teniendo desatendidos a todos los demás. ¡Vuelve a la barra ahora mismo!

—Sí, Ronald, enseguida. Este señor, quería hablar conmigo un momento.

—Pues ya puede dar por terminada la charla —dijo dirigiéndose a Thompson.

—Está bien, muchacho, no te pongas así. Ya hemos terminado. Hasta la vista, Lucy.

—Adiós, hasta otro día.

Al llegar a la puerta, Arlie volvió sobre sus pasos y llegó hasta la barra.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó el rubio con malos modos.

—Tan solo pagar el whisky... Ronald —dijo en tono despectivo.

—Uno y medio.

—Toma dos. El resto para ti. Y gástatelo en tila, harás una buena inversión —indicó Arlie desde la puerta.

* * *

—No me vuelvas a hacer una cosa así delante de la clientela, porque te acordarás de mí, Ronald.

—Eres una estúpida. Te dije que si venía ese tipo por el bar, estuvieses con él el menor tiempo posible y tú has hecho todo lo contrario. ¿De qué

estabais hablando?

—Comentábamos la muerte de O'Sullivan. Además a ti no te importa lo que yo hablo con los clientes.

—Te voy a partir la cara, Lucy. Me estás poniendo nervioso y te voy a dejar señalada para toda la vida. ¿Es que no comprendes que ese hombre puede traernos problemas? Te lo advierto por última vez. Si vuelve, aléjate de él.

—Estás muy excitado últimamente, deberías tomar tila...

La bofetada sonó en toda la casa. Lucy cayó como un saco en el sofá. Su mirada traspasó al hombre.

—Eres un indeseable. ¡Cerdo!

Y se metió en la habitación cerrando la puerta con llave.

* * *

Durante la semana, Arlie Thompson tuvo un trabajo agotador. Dos encuentros internacionales de rugby, un campeonato mundial de los pesos plumas y un partido entre eternos rivales de hockey sobre patines.

Se echaba en falta el gran profesional que fue O'Sullivan. Su sustituto no le llegaba ni a la suela del zapato. Ponía muy buena voluntad, eso sí, pero era un perfecto incapaz. Necesitaría muchas horas de vuelo para ponerse a tono.

El jefe de sección llamó a Arlie a su despacho.

Se sentó al otro lado de la mesa, frente a él.

—¿Qué querías, Chester?

—Has tenido una semana muy agitada, creo.

—No lo sabes tú bien. En este país cada día se hace más deporte. Van a tener que aumentar la plantilla.

—¡Ya me gustaría! Oye, ¿sabes algo más del caso O'Sullivan?

—No, ninguna novedad. La policía me llamó para un par de trámites y hasta la fecha no he tenido más problemas, aparte del que tuve en talleres, claro. Y Angie se recupera perfectamente. ¿Por qué lo dices?

—Verás, creía que seguías haciendo averiguaciones por tu cuenta.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los de sucesos. Al parecer fueron al «Moby Dick» y les dijeron que tú ya habías pasado por allí.

—No creo que eso tenga ninguna importancia. A ese club he ido montones de veces y no pienso dejar de ir. Por otro parte es lógico que se comentase el tema cuando yo llegué. Pero de eso a que sigo haciendo averiguaciones hay una diferencia.

—Los chicos habrán interpretado mal las palabras del que regenta el bar. De todas formas yo creo que debías eludir los comentarios y las charlas. Te estás jugando el tipo por algo que no te incumbe y estás

poniendo también a otra persona en peligro. Es mejor que dejes de ir a ese club durante unas semanas. Así se olvidará antes el tema y te evitarás suspicacias con los compañeros de información. Espero que no te moleste mi sugerencia, Arlie.

—En absoluto, Chester. Muy al contrario, te agradezco que te preocupes por mí.

—Si lo crees necesario, tómate un par de días de descanso, chico. Paga la casa.

—Entonces no me haré de rogar. Gracias, jefe.

Y salió del despacho con una sonrisa de oreja a oreja.

Regresó a su mesa y encontró un papel sobre ella que le había dejado Sally: «Llama a Angie».

Marcó el número de teléfono y fue la chica quien cogió el aparato.

—Dígame... ¿Eres tú, Arlie? Escucha. Estoy muy preocupada. Me han telefoneado recordándome la paliza y anunciando una nueva, si tú no dejas de investigar.

—No te preocupes, cariño. Estoy actuando con suma discreción y además nadie, excepto tú, sabe que estoy buscando información.

—De todas formas, ten mucho cuidado. No quiero que nos pase nada a ninguno de nosotros.

—Yo tampoco. Angie, yo tampoco. Creo que tengo una pequeña pista y si hay suerte, podré descubrir nuevas cosas en poco tiempo. Tranquilízate, eso es lo más importante. Y hablando de otra cosa. ¿Cuándo salimos a cenar?

—Cuando tú digas, amor.

—¿Te parece bien el viernes?

—Estupendo, rechazaré las otras tres invitaciones que tengo y saldré contigo. Eres el que más me gustas —rio.

—Entonces pasaré a buscarte a las siete y media. ¿Estarás preparada?

—Por supuesto. ¡Qué te crees!

—Con una mujer nunca se sabe cuánto habrá que esperar.

—No digas tonterías. Soy la chica más puntual del mundo. Y además ahora estoy casi todo el día en casa. Dentro de poco me darán el alta y podré volver al trabajo. Lo estoy deseando, porque, si te digo la verdad, como ya me encuentro bien, en casa me aburro como una ostra.

—Lee algo.

—«Lee algo», qué sabihondo eres. Me he leído cinco novelas de la serie negra. Es mi género favorito. ¡A quien se le diga que yo trabajo en la prensa del corazón...!

—Pues entonces juega al *backgammon* contra ti misma.

—Muy gracioso.

—Hasta el viernes, muñeca.

—Hasta el viernes, golfo.

* * *

—Es un sitio precioso, Arlie.

—Te dije que lo íbamos a celebrar a lo grande y he cumplido.

—¿Has venido alguna vez a este restaurante?

—Sí, estuve hace tiempo con el presidente del club francés de rugby «Les amis». Me dijo que era uno de los mejores sitios para saborear una exquisita cocina francesa. Te sugiero un *tournedos Henri IV* con salsa bearnesa. Es una delicia.

—Si tú me lo aconsejas lo probaré. Pero lo quiero bien pasado. No soporto la carne sanguinolenta y los franceses tienen por costumbre comerla casi cruda.

—Los franceses saben muy bien lo que hacen en cuestiones gastronómicas. El libro de Bocusse sobre la nueva cocina francesa fue un éxito de ventas comparable al mejor *bestseller*.

—Está bien, todo lo que tú quieras. Pero la carne la quiero muy hecha.

—Prefieres tinto o rosado.

—Lo dejo a tu elección.

—Entonces, anote, por favor. Dos ensaladas de endibias con salsa roquefort, dos *tournedos Henri IV* con salsa bearnesa y tráiganos el Beaujolais del año.

El camarero apuntó diligentemente el menú.

—Enseguida hago venir al *sommelier* para que pruebe usted la cosecha. Ha sido muy buena este año —dijo el *maître*.

—¿De verdad te sientes bien? —preguntó Arlie a la joven mientras untaba mantequilla en un trocito de pan.

—Sí, cariño. Me encuentro perfectamente, aunque no puedo evitar sentir algo de miedo cuando vuelvo a casa por la noche. Me dieron un buen susto y me es difícil superarlo. Pero, como te dije, no pienso amilanarme.

—Eres una gran chica, Angie. Me gustas, me gustas mucho —confesó oprimiéndole la mano que tenía sobre la mesa.

Ella le miró dulcemente a los ojos y cerró los labios en forma circular para enviarle un simbólico beso.

Angie sería una gran chica, pero él, además de ser un buen profesional del periodismo, era un tío con toda la barba.

CAPÍTULO III

La mañana del domingo se había presentado tranquila, como tantas otras.

El día amaneció espléndido y Arlie decidió hacer un poco de *footing* a primera hora de la mañana. Le serviría para desintoxicarse de la polución de la semana.

Compró después un periódico informativo y dos de deportes, además de la revista «Manténgase en forma». Era uno de sus placeres dominicales: leer la prensa tranquilamente sentado en su sofá frente al televisor, al tiempo que echaba alguna mirada hacia la programación deportiva mañanera. Retransmitían las veinticuatro horas de Le Mans y aunque la Fórmula 1 no era santo de su devoción, tampoco le hacía ascos.

Había preferido pasar solo el día y funcionar un poco a su aire. Angie le telefoneó para decirle que se iba el fin de semana a la finca de una amiga y por lo tanto no tenía ningún otro compromiso que atender.

Y estaba dispuesto a disfrutar de su soledad.

La comida fue rápida. Calentó una pizza en el horno y engulló, a duras penas, un cuarto de pollo asado que tenía en el frigorífico del día anterior.

Una copa de brandy, le adormiló durante un cuarto de hora en el sillón.

Se restregó los ojos y escuchó la televisión. En ese momento anunciaban las carreras de caballos cuyo interés residía en la quinta, donde se correría el *Grand Prix*.

Tomó la determinación rápidamente, iría a las carreras.

Se arregló en cinco minutos y consultó su reloj. Eran las cuatro de la tarde y la primera se corría a y media. Le gustaba llegar siempre puntual y pensó que si se daba prisa todavía tendría tiempo para apostar, uno de los mayores alicientes de las carreras.

Cerró la puerta con llave y bajó en el ascensor hasta el garaje. Su coche estaba en la otra punta de la nave. Con paso decidido y rápido llegó hasta él. Lo puso en marcha a la primera, a pesar de que tenía problemas de arranque, y enfiló hacia la salida.

Llegó justo un minuto antes de que cerraran las taquillas de apuestas, pero aún tuvo tiempo de dejarse cincuenta dólares.

Las dos primeras carreras no habían tenido ningún atractivo. Ganó el favorito sin ningún problema y la novedad solamente radicó en el coleado, puesto que llego una yegua muy joven que casi nadie había tenido en cuenta. Arlie vio compensada su fe en el animal. Ganó, en una apuesta de veinte dólares cuarenta a uno.

¡No estaba mal para empezar!

La tercera carrera había comenzado con cuatro minutos de retraso sobre el horario previsto. «Alazán» no quería entrar en *boxes* y costó lo suyo hacerle comprender que no tenía más remedio.

Cuando quedaban cien metros para que su caballo llegara a la meta alguien le tocó en el brazo.

Arlie hizo caso omiso a esta indicación y siguió mirando fijamente hacia la pista. Una exclamación de rabia se le escapó de los labios.

—¡Maldita sea! Por una cabeza... ¡Tan solo por una cabeza! En fin, algo me llevaré; le aposté como ganador y colocado —le comentó al vecino que tenía a su derecha.

Nuevamente volvieron a tocarle en el brazo.

Se volvió y vio a un muchachito que le tendía un papel.

Miró con ciertas dudas al chico e intentó recordar su cara. Pero no le conocía de nada. Miró el papel que le ofrecía y volvió a mirarle a la cara.

—Es para usted —dijo el chico.

—¿Para mí?

—Sí, señor.

Aprovechando un segundo de duda el niño le dejó el papel sobre la mano y desapareció. Arlie se quedó extrañado con el papel en la mano.

Abrió el mensaje y leyó en grandes caracteres de imprenta: *El miércoles a las 20.00 h, en la calle 36, esquina a «Mac Donald's».*

Releyó la escritura y doblando el papel, lo guardó en el bolsillo.

Durante toda la tarde estuvo pensando en la nota. Cuando llegó a casa ya había aclarado el misterio. Había utilizado el asiento de prensa reservado a su periódico, lugar frecuentado por el que fue crítico, O'Sullivan, y una de dos: O alguien le había confundido con el muerto, o le estaban siguiendo los pasos y le habían tendido una trampa.

En cualquier caso, no estaba dispuesto a desperdiciar esa oportunidad que tan amablemente le brindaban.

* * *

Los lunes por la mañana no debían existir. Arlie se había hecho esta reflexión cientos de veces, lo mismo que el resto de los mortales.

Entró en la redacción de mala gana, después de haber discutido con el ascensorista porque se había equivocado de piso. ¡Qué idiota! Después de llevar siete años en la casa no se había enterado de que tenía que subirle a la tercera planta. Su estupidez debía ser fruto del lunes.

La enorme sala estaba casi desierta. Tan solo había llegado antes que él Ruth, redactora de nacional. El resto llegaría por lo menos una hora más tarde.

La enorme pared de cristal dejaba penetrar los rayos del sol hasta el

fondo de la redacción. Las mesas, vacías, limpias y ordenadas este único día de la semana, reflejaban los rayos solares y cegaban la vista.

Saludó con la mano a la redactora y se arrellanó en su silla rodante. Abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un crucigrama.

La verdad era que no sabía qué pintaba él allí a esas horas tan tempranas. Pero se había despertado muy pronto y en casa se sentía a disgusto.

Pensó llamar a Angie pero comprendió que era muy temprano para que hubiera llegado al trabajo y demasiado tarde para que estuviera aún en casa.

Releyó varias veces el uno vertical sin fijar su enunciado: «Damos carácter espectacular o efectista. Astutos, ladinos. Márgenes u orillas». Decididamente no tenía la cabeza para crucigramas.

Sacó una vez más del bolsillo de la chaqueta el trozo de papel que le dieran el domingo en las carreras. Ni una pista, ni una seña, nada que pudiera ayudarle.

Decepcionado, se dirigió a la mesa donde dejaban todos los días los periódicos de la mañana. Ojeó por encima las noticias y se paró en la guerra del Líbano. La matanza de civiles había sido ignominiosa. Mujeres, niños y ancianos en su mayoría habían muerto en el campo de refugiados. Beguin, en unas declaraciones a la prensa confesaba «no saber nada».

Arlie Thompson cerró el periódico de golpe, indignado.

El teléfono sonó en la mesa contigua. Se acercó al aparato y contestó.

—Soy Arlie. ¿Quién es usted?

—Soy Lucy, del «Moby Dick». He buscado el teléfono en la guía. Es urgente, tengo que hablar con usted. ¿Puede venir ahora mismo?

—Sí, ¿dónde estás?

—Le espero tres manzanas más abajo del club. Hay una cafetería que se llama «Winters». Venga lo antes posible.

—Tomaré un taxi. En un cuarto de hora o veinte minutos estoy allí. Hasta ahora.

¿Qué querría la camarera?

De todos modos parecía que el asunto empezaba a moverse y varios caminos surgían ante él. La cita del martes y esta nueva sorpresa. Algo había pasado para que Lucy tomase la determinación de llamarle. Sabía que a Ronald, su novio no le caía muy simpático y lo más probable era que la chica estuviese obrando por su cuenta.

¿O era tal vez otra trampa?

* * *

Empujó la puerta giratoria de «Winters» y entró en la elegante cafetería. De un rápido vistazo localizó a Lucy en el fondo, en una mesa discreta. Iba muy bien arreglada y un aire *chic*, que hasta la fecha no había

descubierto en ella, emanaba de su persona. Su cara denotaba cansancio y las ojeras descubrían una noche de insomnio.

—Han matado a Ronald —dijo a bocajarro.

—¿Qué dices? ¿Estás segura?

—Por supuesto. Anoche Ronald salió del bar alrededor de las doce. Me dijo que tenía que arreglar unos asuntos. Yo no pensaba pasar la noche en casa, porque últimamente no nos llevábamos muy bien. Desde hace una semana duermo en casa de una amiga. Subí cuando cerré el bar, hacia las dos de la madrugada, a recoger unas cuantas cosas que necesitaba. Entré en el dormitorio para coger ropa del armario y le encontré encima de la cama, en un enorme charco de sangre. Me acerqué a él y pude ver el agujero que tenía en la frente del que aún manaba un hilillo de sangre. Salí corriendo horrorizada y abandoné la casa. No he llamado aún a la policía, ha sido usted el primero con quien hablo de esto.

—¿Por qué me has llamado a mí?

—No lo sé. Tengo miedo. He preferido que usted lo supiera.

—¿Sabes quién ha podido hacerlo?

—No tengo idea. Pero Ronald no era ningún ángel, más bien lo contrario.

—Ya pude comprobarlo el otro día en el club.

—Pues eso no fue nada. Solo una pequeñísima demostración.

—Lucy, tienes que llamar a la policía. Si alguien te vio entrar o salir puedes tener complicaciones.

—Voy a volver a casa ahora mismo y llamaré desde allí, haciéndome de nuevas. Espero que vengan pronto porque no me hace ninguna gracia quedarme junto a cadáver. ¡Si pudieras acompañarme!

—Lo siento. En este caso no puede ser. Tal vez otro día.

—Eso espero.

Se levantó de la mesa y cogió el bolso que había dejado sobre un asiento. Con paso firme se dirigió hacia la puerta, levantando murmullos de admiración.

—Hay que reconocer que Lucy está como un tren —murmuró entre dientes.

Desde luego, no llegaba a comprender por qué Lucy le había llamado para darle esa primicia. Y lo que más le preocupaba era no saber si el hecho tenía alguna relación con lo que él buscaba.

Regresó a su apartamento, se duchó y cenó un par de sándwiches. Pensaba acostarse pronto para poder descansar y estar lo más lúcido posible el día siguiente, martes, día de la anhelada cita. Terminó de leer la nueva novela de Harold Robbins, apagó la luz y se dispuso a dormir. A los pocos minutos roncaba beatíficamente.

* * *

El día despertó nublado. Para Arlie significaba un mal augurio. Brujuleó por la redacción y evitó el trabajo en la medida de lo posible.

Chester, el jefe de sección, pretendió asignarle un reportaje sobre el as de rugby que Thompson rechazó aludiendo a un imaginario dolor de cabeza.

Comió deprisa y corriendo en el restaurante chino de la esquina, algo excitado ya por la proximidad de la hora de la cita.

A las 19.30 se puso en camino hacia el «Mac Donald's» de la calle 36. No quedaba excesivamente lejos y prefirió ir andando. Además había dejado el coche en el garaje de su casa porque no andaba bien de frenos.

Recorrió con paso lento las calles que le acercaban a la cita. Por el camino hacía elucubraciones sobre la persona a quién tenía que ver. No sabía si era hombre o mujer y lo más probable era que no le conociera. La proximidad de la avenida 36 le excitó en grado sumo.

Aún faltaban doce minutos para las 20.00 h, y entró en un bar para tranquilizarse un poco. Pidió un whisky doble para ponerse a tono. El alcohol nunca le había hecho demasiado efecto, entre otras cosas porque orinaba con gran facilidad y los excesos desaparecían de sus intestinos con rapidez. Por otra parte, no era muy bebedor y solo en contadas ocasiones había conseguido lo que se dice una buena cogorza.

En esta ocasión no podía permitirse ese lujo, porque necesitaba los cinco sentidos funcionando a tope.

Pagó y salió del antro que apestaba a marihuana. Enfiló nuevamente la perpendicular que le llevaba justamente a la esquina. No en vano antes se había aprendido el camino de memoria en una guía.

A las ocho menos dos minutos se apostó en el ángulo de la calle. No había un alma. Salvo una mujer mayor que paseaba a un perrito por los alrededores. Del primer piso de una casa los compases de un rock llegaron con nitidez a sus oídos.

«Sería difícil conciliar el sueño con un vecino tan sordo», pensó.

De pronto, dos hombres doblaron la esquina de la calle de enfrente. Uno de ellos debía medir por lo menos 1,90. La cabeza rapada le confería un aire tenebroso. El otro, bastante más pequeño, mostraba un aparatoso pañuelo rojo anudado al cuello.

Al verle, fueron directos hacia él.

Cuando se encontraban a unos diez metros el chirrido de un coche distrajo su atención.

Dobló la esquina, por donde habían salido los dos individuos, a gran velocidad y llegó a su altura al mismo tiempo que los hombres.

En aquel momento Arlie sintió algo muy parecido al miedo.

En pocos segundos, con rapidez y discreción, le cogieron de los brazos y apretándole fuertemente le obligaron a entrar en el vehículo.

Algo similar a un mazazo le hizo perder el conocimiento.

* * *

Despertó con todo el cuerpo dolorido. Intentó incorporarse pero no pudo. Un agudo dolor en la espalda le hizo contener la respiración.

La oscuridad del cuarto le hizo tardar en comprender que tenía un ojo completamente cerrado.

Se llevó la mano a la cabeza en un intento de parar las vueltas que daba la habitación a su alrededor. Un líquido viscoso, que más tarde comprobó que era sangre, se pegó a sus dedos.

Empezó a acostumbrarse a la oscuridad y al cabo de unos minutos se logró apoyar en algo muy parecido a una silla. La cosa cedió al no poder soportar el peso de su cuerpo y él cayó al suelo nuevamente. Más tarde vería que era una hamaca.

Decidió quedarse quieto y recuperar la respiración con tranquilidad. Miró al techo, por hacer algo, y centró todas sus fuerzas en intentar saber dónde estaba, a pesar de las tinieblas.

No reconoció la habitación. Creyó encontrarse en una especie de desván por la cochambre que le rodeaba, pero el olor a moho y humedad le hicieron pensar que se trataba de un sótano.

Permaneció quieto y boca arriba durante una media hora larga.

Más tranquilo y ya controlado en parte el dolor, intentó una vez más incorporarse. Se dio la vuelta y con las manos apoyadas en el suelo, se puso de rodillas.

La cabeza comenzó a bailarle. Miró a su alrededor buscando un punto de apoyo. Tras él surgió la sombra de una mesa desvencijada. Comprobó si se apoyaba con firmeza al suelo y seguro de que aguantaba su peso hizo ademán de ponerse en pie. No quería volver a caer.

A lo lejos se oyó la sirena de un barco.

Poco a poco aseguró los pies en el suelo y fue capaz de inspeccionar la habitación. Efectivamente estaba en un cuarto trastero, y pudo deducir que además de ser un sótano no estaba demasiado lejos del puerto.

Pateó en el suelo un par de veces y le pareció que la madera cedía.

Unos pasos le hicieron aplazar la búsqueda de una salida.

«Cabeza rapada» entró en la habitación con una mugrienta bandeja. Una tenue luz iluminó la sala y Arlie pudo ver dónde se hallaba.

—¿Cómo te encuentras, muchacho? —le preguntó con desenfado.

—No tan bien como tú —contestó Arlie tocándose la brecha—. Me sigue saliendo sangre. Creo que debería verme un médico.

—No importa lo que tú creas. No te va a ver nadie y menos un médico. Te aseguro que en unas horas no lo vas a necesitar. Todo esto te lo has buscado tú solito. Te hemos avisado varias veces y no has hecho ni

puñetero caso. No es lógico que las consecuencias de tu tozudez te asombren. Muchacho, te queda poco tiempo de vida.

—Una vez soñé que iba a morir joven.

—No estabas muy descaminado aquella noche. Te dejaré la luz encendida para que saborees los manjares que te he traído. Mi jefe quiere que estés bien atendido.

—¿Y quién es tu jefe?

—No me hagas reír, imbécil.

Y salió dando un portazo.

En cuando hubo salido, Arlie dejó la bandeja en el suelo y volvió al lado de la mesa desvencijada.

Las tablas de madera del suelo cedieron bajo la presión de sus pies. Se agachó e intentó levantar una que estaba más separada que las otras. No consiguió moverla. Al hacer fuerza con los brazos el dolor en la espalda apareció nuevamente, esta vez con mayor intensidad.

«Debo tener una costilla rota», se dijo.

Echó un vistazo a los trastos que había en la habitación con la esperanza de encontrar algo con que levantar las tablas.

En un rincón, varios palos de madera estaban apoyados contra la pared. Buscó el más adecuado y se puso manos a la obra. El dolor de la espalda se iba haciendo insoportable, pero no quedaba otro remedio.

En una intentona, cedió la tabla. Arlie salió despedido y el golpe terminó de magullar su dolorido cuerpo. Nunca había echado de menos una cama como en aquella ocasión.

Permaneció quieto unos segundos para comprobar si se acercaba alguien. Nada. Silencio absoluto.

Continuó su trabajo con mucho afán. Otras dos tablas fuera y podría pasar el cuerpo, contando con que el fondo estuviera hueco.

En diez minutos sus conjeturas pudieron ser confirmadas. Entre los cimientos y la casa, una especie de túnel le llevó al mismo borde del muelle.

Aunque era de noche pudo reconocer el sitio. Estaba a diez minutos de la casa de Angie.

CAPÍTULO IV

—¡Arlie! ¿qué te ha pasado? Estás destrozado.

—Mientras te lo explico llama a un médico, por favor, creo que tengo alguna costilla rota, y en la cabeza tendrán que darme varios puntos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? Dime, ¿de dónde vienes?

—Llama al doctor, caramba, ahora te explico.

Le dejó tumbado en la cama y fue hacia el salón para llamar por teléfono. Volvió al poco tiempo.

—Estará aquí en un cuarto de hora. No quería venir porque estaba bastante lejos y ya había pasado su hora de visita, pero al final le he convencido. Siempre es mejor que uno de urgencia. Te recetan cualquier calmante para salir del paso y tienes que esperar toda la noche hasta que tu médico vuelva a pasar consulta.

—Has hecho bien.

—Y ahora ¿puedes explicarme qué te ha ocurrido?

—Fui a la cita que me pasaron el domingo en las carreras y sin mediar palabra dos individuos me metieron en un coche y me golpearon. Desperté con el cuerpo destrozado en un sótano cerca del muelle. He conseguido salir a trancas y barrancas y he llegado hasta aquí. ¡Bonita historia! ¿Verdad?

—Esperemos que tenga un final feliz.

El timbre de la puerta sonó insistente.

—Pase, doctor, ha sido usted muy amable. Pase al fondo, por favor.

El médico miró a Arlie.

—Buenas noches, es usted el enfermo, claro. ¿Se ha caído de un quinto piso?

—Casi. Confío en su discreción, doctor.

—Ha sido una señora paliza, ¿eh?

Arlie gruñó al responder:

—No ha estado mal, desde luego.

Después de que Arlie se hubo desnudado de medio cuerpo para arriba, tras examinarle, el doctor anunció:

—Tiene usted dos costillas rotas... ¿Le oprime el pecho?

—Sí, mucho.

—Bájese los pantalones y... bueno, desnúdese por completo, le voy a mirar de arriba abajo. No creo que sea lo único que tiene usted roto.

Después de una minuciosa revisión le diagnosticó contusiones, hematomas, traumatismo craneal de pronóstico reservado.

—Total, una semana en el hospital, de momento y a la espera de unas pruebas. Es fácil que tenga problemas en la orina. Los riñones han sufrido también lo suyo.

—Lo siento, doctor, pero tendrá que dejarme como nuevo tan solo en cinco días. El domingo tengo un asunto al que no puedo faltar. Depende de ello mi vida. Si no estoy en condiciones, me marcharé del hospital aunque sea con bastones.

—¿Qué asunto puede ser tan importante?

—Tengo que ir a las carreras —declaró él muy conciso.

* * *

Llamó al periódico para decir que había tenido un accidente de coche. Angie se ocupó de llevar la baja. Varios compañeros le fueron a visitar durante la semana y Sally se acercó al hospital con un ramo de flores, una caja de pastas y dos novelas de Chandler.

—Gracias, Sally, pero ya las he leído. «El sueño eterno» cuando tenía dieciocho años y «El largo adiós» con diecinueve.

—No importa, mañana te las cambiaré por un tratado de karate. Puede que te sea más interesante y útil.

—Muy graciosa, nena. ¿Cómo van las cosas por la redacción?

—Un tanto movidas. Chester tuvo una buena pelotera ayer con James, el fotógrafo y me temo que cuando convoquen las próximas elecciones el clímax llegará a su más alto grado. En este periódico hay una pandilla de histéricos que no hay por dónde cogerlos. Excepto tú, vida, que eres el hombre más frío y equilibrado que he visto en mi vida. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Entró la enfermera anunciando que la hora de visita había terminado. Arlie se lo agradeció para sus adentros. Media hora más con Sally y le hubiera estallado la cabeza.

—Vendré a verte mañana y te traeré el tratado de karate.

—No te molestes, preciosa, nos veremos el lunes en el periódico.

—¿Tan pronto?

—Espero que me den mañana o pasado el alta. Me encuentro bastante bien y aquí no pinto nada.

—¡Ojalá me mandaran a mí una semana de reposo!

—Con lo que te gusta la cama, ¿verdad?

Ella le sacó la lengua y se fue.

* * *

Arlie consiguió que el doctor la diera el alta en la fecha prevista porque todas las pruebas habían resultado negativas. Solo debía tener cuidado con

la espalda. Los movimientos bruscos le estaban prohibidos y no podía levantar peso por lo menos en quince días.

Angie fue a recogerle al hospital y le llevó en su coche hasta casa. Por el camino decidieron comer juntos y ella se comprometió a preparar la comida. Pasaron antes por el supermercado porque el frigorífico de Arlie estaba vacío.

Se sintió a guste cuando entró en su casa. Cinco días sin pasar por allí y le resultaba agradable ese olor a tabaco y humanidad tan característico en las casas donde vive un hombre solo.

Abrió las ventanas de par en par y aspiró el aire fresco que entraba de la calle. Dejó caer el pequeño maletín sobre la cama y se sentó al lado.

Tenía todo un día para descansar y la mañana del domingo.

—Mañana volveré a las carreras, Angie.

—Espérate una semana por lo menos para estar recuperado del todo. Es muy pronto. Si surgieran problemas no sé cómo ibas a responder.

—Yo tampoco. Pero intuyo que no puedo perder ni un día, mucho menos una semana.

—Te puede costar caro.

—Vamos a dejar este tema, ¿quieres? Deseo tener un sábado tranquilo y relajado y espero que tú me ayudes a conseguirlo. No lo conviertas en lo contrario, Angie.

—De acuerdo. Voy a preparar la comida. ¿Quieres tomarte mientras tanto un *gimlet*?

—Por supuesto. Ahora me vendrá de maravilla. ¿Tú no quieres nada? En el mueble-bar hay whisky, vermut y alguna cosa más.

—No, cuando cocino ni fumo ni bebo. Antes de comer te acompañaré a un aperitivo, pero de momento, nada.

Y le dejó sentado en el sillón con el vaso en una mano y el periódico en la otra.

Los olores de la comida empezaron a llegar hasta él y abrieron su apetito.

—Angie ¿falta mucho?

—No —gritó desde la cocina—. Ya está todo preparado. Comeremos aquí mismo, es más cómodo.

—Como quieras, lo único que me interesa es comer. No me importa donde.

—Gracias... por lo que a mí respecta.

* * *

A las cuatro en punto de la tarde llegó al hipódromo. Faltaba aún media hora para que comenzase la primera carrera. Fue a la ventanilla y apostó tranquilamente a sus favoritos. Después cogió un boleto para la quíntuple y

lo rellenó consultando de vez en cuando el programa de la prensa. ¡Si hubiera vivido O'Sullivan le hubiera dicho quién iba a ganar! Y lo que era curioso, casi siempre acertaba. Pensándolo bien acertaba muy a menudo.

Tomó el asiento de la vez anterior y esperó acontecimientos.

No hubo nada especial en toda la tarde. Nadie le entregó una nota y nadie se acercó a él. Lo único a resaltar fue la pérdida de treinta dólares en las apuestas. Fue una tarde aciaga. No dio una en el clavo. Decepcionado regresó a casa con la cara compungida. Angie le estaba esperando angustiada.

—¿Has tenido problemas?

—Nada, no ha pasado nada en absoluto. No sé a qué juega esta gente. Les dará pena quitarme de en medio tan joven.

Y no volvió a hacer ningún comentario al respecto.

* * *

Intentó por todos los medios zafarse de aquel reportaje pero esta vez no tuvo escapatoria. Chester le mandó a París para entrevistar a «Les amis», el club de rugby campeón del mundo.

Aprovecharía también para presenciar el *Grand Prix* de France, en el hipódromo de Neuilly.

James no podía acompañarle para el reportaje fotográfico porque Chester le necesitaba para otra cosa. Tendría que ir con el plasta de Luigi, un italiano tan pastoso como Alberto Sordi. Profesionalmente tampoco era ninguna maravilla. Total que se le presentaba una semanita de abrigo.

Aterrizaron a las nueve de la noche en Orly.

El desbarajuste de las horas le dejaban los primeros días como un zombi. Tenía sueño durante el día y mucha hambre por la noche. Cuando cogía el ritmo tenía que marcharse y al llegar a casa se tiraba otros tres días en el mismo plan.

Pero Luigi, no. Quería ir directamente desde el aeropuerto hasta Pigalle. Luigi era un caso serio. En cuestión de mujeres, en Nueva York no era nadie, pero en París... en París era el amo. Y más conocido en Pigalle que Napoleón.

Y así ocurrió. Arlie cogió un taxi y se fue al hotel para intentar dormir a base de pastillas, y Luigi, en otro, se fue directo a Pigalle porque ya tenía una cita a las diez con una tal Mimí.

Y cosa curiosa. Por la mañana Arlie estaba hecho unos zorros y Luigi fresco como una rosa. Los misterios del *savoir faire* de Mimí.

Comieron en un pequeño restaurante de la rue de la Pompe y se dedicaron, para pasar el tiempo, a hacer fotos por aquella zona.

A las cinco tenían la entrevista con el entrenador del equipo de rugby, y a la mañana siguiente irían a un entrenamiento del equipo donde podrían

sacar fotos.

La entrevista pasó sin pena ni gloria, como un trámite. Cuando terminaron Luigi le propuso dar una vuelta por Pigalle, para variar. En esta ocasión, Arlie aceptó gustoso.

—Pero deberíamos pasar por el hotel antes, arreglarnos un poco, cenar algo en cualquier sitio y luego tomar una copa. A última hora podíamos pasar por Pigalle.

—De acuerdo —comentó el italiano—. Podemos pasar una buena noche. Mimí traerá a una de sus amigas. ¡Verás qué chicas!

—Tú lo dices. ¡Veré! El médico me ha prohibido los movimientos bruscos. A ti se te habrá olvidado que tengo una costilla rota, pero cada vez que hago un movimiento algo más violento de lo habitual los pinchazos en la espalda me doblan.

—¡A quién se le ocurre venir a París y no poder moverse!

Salieron del hotel la mar de atildados. Arlie estaba guapísimo. Hasta el recepcionista se le quedó mirando con ojos equívocos. Luigi parecía más bajito al lado de su compañero. Su tez morena y el espeso vello que le salía por el cuello de la camisa le daban un aspecto de orangután.

Arlie no comprendía como ligaba tantísimo en París. Sería por su efervescencia latina. Siempre se ha dicho que los latinos son maestros en el amor. Pero Luigi había llegado a Estados Unidos cuando tenía dos años. Era imposible que a esa edad recordara las lides amatorias. Aunque a lo mejor fue un niño precoz en eso.

Absorto en estos bobos pensamientos, llegaron hasta el bulevar Barbés-Rochechouart. Se adentraron por una de las calles y casi a la entrada se toparon con el Gartier, un antiguo restaurante, muy grande, donde servían rápido y bien. Además no era caro. Porque los restaurantes en París, ya se sabe: el sueldo de una semana. Claro que en dólares...

Tornaron asiento en una mesa frente a un maravilloso espejo biselado que ocupaba toda una pared. El mobiliario tenía casi cien años y las lámparas y los asientos eran los mismos del día de la inauguración.

—¿Qué vas a tomar, Luigi? Aquí hay que estar preparados cuando llega el camarero, si no se lo sueltas todo de golpe luego tardan un siglo en volver.

—Me fío de tu buen paladar. Escoge tú para los dos.

—De acuerdo. Aquí llega el camarero.

—*Qu'est-ce-que vous allez manger, messieurs?*

—*Deux salades de betterave.*

—*Et comme deuxième?*

—*Steak au poivre avec de frites.*

—*Très bien, monsieur.*

—Oye, ¿qué has pedido? ¡Caramba, cómo largas!

—He pedido ensalada de remolacha y filete a la pimienta con patatas fritas, ¿te parece bien?

—Delicioso. Hace tiempo que no tomo un filete así.

—¿Te gusta el dulce, Luigi?

—Muchísimo.

—Entonces sugiero que tomemos *mousse de chocolat*. Está riquísima.

Devoraron con rapidez la ensalada de remolacha. Cuando llegó el filete habían ya saciado en parte su apetito.

Tomaron el postre sugerido por Luigi que, cosa extraña, no había probado nunca. Aseguró que no sería la última vez.

—Y ¿cómo es que tú no hablas francés, con lo relacionado que estás?

—Hablo lo justo. Mi vocabulario es bastante reducido, pero me defiendo muy bien con él. Y si la cosa se pone fea, paso a los gestos.

—Eres un maestro, tío.

Fue Arlie quien pagó la cena y Luigi se comprometió a las copas. Se acercaron al barrio latino y entraron, por aquello de la fama, en el «Aux deux magots».

Dos cafés y dos copas de coñac costaron una pequeña fortuna al ardoroso italiano. Pero como él decía: «No hay mal que por bien no venga». El coñac había dado buen calor a su organismo. Mimí estaría muy contenta aquella noche.

* * *

El día siguiente lo dedicaron a pasear y a visitar, cada uno por su lado, a algunos amigos.

El jueves tuvo lugar una carrera de preparación para el *Grand Prix* de France. Se presentaron a primera hora para poder fotografías a los *jockeys* y el mundillo de las carreras en situaciones y más particulares y humanas. Luigi prefería el periodismo «verité».

Saludaron efusivamente a Carmichael, un *jockey* americano afincado en Francia hacía quince años.

—Sigues tan delgado como de costumbre. ¿Te cuidas mucho? —dijo Arlie.

—Hay temporadas que mantener el peso me supone un tremendo sacrificio. A base de píldoras, consigo dominar el hambre.

—¿Cómo se presenta el *Grand Prix*, Carmichael? ¿Hay algún favorito?

—Se cuenta con Roger y conmigo. Veremos qué ocurre. En estas competiciones puede pasar de todo.

—Tienes razón. ¿Presientes algo extraño?

—No sé qué decirte. Últimamente veo a tipos raros que pululan por las cuadras. Yo, por si acaso, mantengo vigilado de cerca a mi caballo.

—Total, que no te fías ni un pelo.

—Tú lo has dicho.

Las pruebas del jueves reafirmaron como ganador a Roger. El amigo de Arlie mantuvo la segunda posición en dos ocasiones. Las otras, llegó mal colocado.

Y por fin llegó el domingo y la disputa por la preciosa copa de plata y los doscientos cincuenta mil francos.

El hipódromo estaba abarrotado de gente. Arlie, situado con Luigi en un magnífico lugar, con el resto de los reporteros que habían acudido de todas partes, se dispuso a observar minuciosamente la carrera.

Las cuatro primeras pruebas tenían en su haber premios insignificantes al lado de la que todo el mundo esperaba con ansiedad.

Las apuestas subieron espectacularmente.

Arlie apostó cincuenta dólares por el número 6, su amigo, colocado. Le pareció excesivo, por muy amigo que fuese, apostarle a ganador.

La cotización de una joven yegua inglesa, Holliday, subió al 200 por 1. Luigi y Arlie apostaron a medias cien dólares.

Si perdían, tendrían que volver a nado.

Los altavoces anunciaron la entrada en *boxes* de los caballos. La muchedumbre rebulló en sus asientos para ver mejor. Miles de espectadores adosaron los prismáticos a sus ojos; el reflejo de los cristales confería una imagen fantástica a sus rostros.

Se izó la bandera y se dio la salida.

Un griterío inmenso rugió en el aire. La mayoría de los asistentes, puestos en pie, vociferaban atropelladamente palabras difícilmente inteligibles.

—¡Vamos, Roger! ¡Hala, Roger!

—¡Vamos, vamos! ¡Pégale fuerte, Roger!... ¡Dale, dale!

—¡Corre, yegüita, corre, que vas a ganar!... ¡Corre, preciosa!

Quedaban tan solo quinientos metros de los tres mil que tenía la prueba. El gentío se movía incansablemente. Los brazos, las piernas, las cabezas, gesticulaban al unísono.

Arlie no pudo contenerse más y comenzó a gritar.

—¡Venga, Carmichael! ¡No me dejes mal!... Mira, Luigi, mira, va el tercero. ¡Corre, Carmichael, corre!... Luigi, va a pasar al segundo. ¡Vamos, vamos, vamos!... Luigi, que le pasa, ¡no va a tener tiempo! ¡Sí, sí, sííí! ¡Lo ha conseguido, Luigi, lo ha conseguido! ¡Es un fenómeno, Luigi, es un fenómeno!

Holliday llegó la primera. La exclamación se oyó a dos kilómetros a la redonda. En los rostros de la muchedumbre se observaba, se marcaba, la fortuna o la ruina, según los casos.

Luigi saltó de alegría. Habían ganado un buen pico y no solo no tendrían que volver a nado, sino que podían permitirse el lujo de pasar unas

noches espléndidas.

—Vamos a cenar en la «Tour d'Argént», ¿de acuerdo? —dijo Arlie.

—De acuerdo chico, ¡un día es un día!

Fueron hacia las cuadras para despedirse de Carmichael y fotografiar a los ganadores. El *jockey*, sudoroso, les tendió afectuosamente la mano.

—Se ha portado, ¿eh? —dijo palmeando el cuello del animal.

—Es un pura sangre. ¿Tardarás mucho en salir? —inquirió Arlie.

—Voy a tomar una ducha y dejaré instrucciones para que cuiden al caballo. Si me esperáis podemos celebrarlo con una botella de champaña. No he ganado, pero mi posición ha sido muy buena. Y no está nada mal. Cojo también un buen pellizco, porque hice que apostaran por mí, unos amigos.

—¡Sabes mucho, maestro!

Se repartieron en varios coches y se remojaron en champaña durante tres horas.

CAPÍTULO V

—Estás obsesionado con ese asunto. ¿Por qué no dejas pasar algunos días más?

—Angie, he estado toda la semana fuera y prefiero terminar cuanto antes. No puedo olvidar que han tratado de asesinarme. Por otra parte, mi situación comprometida con la policía no me permite pedirles ayuda. Y además, prefiero hacerlo solo. Estoy seguro de que en el «Moby Dick» y en las carreras está la clave del asunto. Pura intuición. Por eso voy a volver mañana. El domingo es un buen día para morir.

—No sé cómo puedes tomártelo a broma. ¿Quieres que te acompañe?

—Te repito que prefiero ir solo. No deseo comprometerte más. Ya tuviste bastante.

—¿Qué tal te ha ido en París? ¿Siguen tan guapas las francesas?

—Como siempre. En cuanto al trabajo, el reportaje ha quedado bastante bien, porque Luigi, cosa rara, cumplió con las fotos. ¡Ah! lo olvidaba. Te he traído esto.

—¿Qué es?

—Ábrelo y verás.

—*Courréges*, mi perfume favorito. Gracias, cielo, estás en todo.

—No creas que solo hay bondad en mí. Cuando lo compré solo pensaba en el regalo que tú me ibas a hacer a cambio.

—¡No es posible que seas tan golfo!

—¡Noooo! —exclamó con exageración.

La cogió por la cintura y la empujó hacia el dormitorio. Cerró la puerta tras él. Se oyó un rumor de besos, unos gemidos y después... silencio.

* * *

Ocupó el mismo asiento que en las ocasiones anteriores. Las carreras no tenían ningún interés especial para él. Solo deseaba que algún incidente le llevara a aclarar la incógnita que desde hacía tiempo le preocupaba.

Cinco minutos antes de dar comienzo la jornada, James se sentó a su lado.

—¿Qué haces tú aquí, muchacho? —comentó el fotógrafo.

—Llevo viniendo un par de semanas. Soy aficionado a los caballos. Desde que quedó vacante este asiento para prensa, por lo de O'Sullivan, preferí cambiarme a él. Mi localidad no era tan buena, estaba al otro lado.

—Yo suelo venir a menudo, aunque últimamente he faltado varias

jornadas. Solo aparezco cuando tengo seguro el ganador.

Las últimas palabras las pronunció en voz muy baja.

—¿Y cómo sabes quién va a ser el ganador? ¿Es que vas a alguna pitonisa? —preguntó Arlie asombrado.

—¡Cállate o habla más bajo! ¿Cómo puedes hacer estos comentarios en voz alta?

—Oye, James, no me hagas reír, ¿qué te pasa? ¿No entiendes una broma?

—¿Cómo que una broma? Te estás portando como un estúpido.

—Mira, chico, no entiendo tu reacción, si te ha molestado lo de la pitonisa me lo dices y en paz. Te aseguro que no voy a estropear tu suerte consultando a la misma. Prefiero echarme yo mismo las cartas.

—Pero es que tú no estás...

—Yo no estoy ¿qué?

James guardó silencio. A su lado se acomodó un hombre muy bien vestido con el programa de las carreras enrollado en la mano.

—Aquí no voy a seguir hablando —continuó el fotógrafo en voz baja —. Ya seguiremos luego.

La tarde transcurrió sin ninguna novedad, aunque Arlie ya tuvo bastante con pensar en los comentarios que le había hecho James.

Su actitud había sido muy extraña y no llegaba a entender qué era lo que había querido decirle.

Entre la quinta y la sexta carreras, una vez hechas las apuestas, se acercaron al bar para tomar un refresco. Arlie estaba intrigado y volvió a sacar la conversación.

—Sígueme diciendo lo que no estoy.

—¿A qué viene esto? —dijo James sorprendido.

—Sí. Cuando se sentó a nuestro lado ese hombre, tú te callaste automáticamente y me dijiste que luego seguiríamos hablando. Y ahora puede ser ese luego. La última frase que pronunciaste fue: «¿Pero es que tú no estás...?»

Bastante preocupado y algo nervioso, James le volvió a decir:

—Aquí no, en el hipódromo no. No es tema para discutir aquí, ¿no crees?

Arlie siguió sin comprender nada, aunque ya empezaba a vislumbrar algo.

* * *

Terminadas las carreras, se dirigieron hacia los grandes portalones de salida.

—Hasta mañana, Arlie —se despidió el fotógrafo dándole una palmadita en el hombro.

—De eso nada, James. Tú y yo tenemos que hablar. ¿Has traído el coche?

—No. Lo dejé en casa porque aquí se forma siempre mucho tapón a la salida.

—Entonces, ven conmigo, yo sí le he traído. Sugiéreme un sitio tranquilo donde podemos charlar.

—Arlie, tengo un poco deprisa. Marilyn me espera a cenar... y para que le ayude a acostar a los chicos.

—No me importa. Me vas a explicar de una vez que es lo que has insinuado antes. Estoy dispuesto a no dejarte marchar, James.

—Me pones en un aprieto, pero... está bien. Vamos a «Number one», un pequeño *pub* aquí, en el suburbio de Queens. Nadie se fijará en nosotros.

—Chico, qué misterioso te pones.

* * *

Muy cerca del «Race Track», el hipódromo, se encontraba el bar que James había indicado. El ambiente era demoledor. Furcias y humo en grandes cantidades. Y todas las mezclas posibles de tabaco y hierbe.

Las pequeñas y pringosas mesas estaban abarrotadas de gente. James se acercó a la barra con enorme dificultad y siseó algo al oído del *barman*, cuyas ropas hacían juego con la mugre del local.

Salió por una puerta situada a la derecha de la barra y volvió con una mesita un poco más limpia que las demás.

—Ahora lo difícil es encontrar dónde ponerla —gritó James para ser oído entre el barullo de voces.

Una vez colocados en un estrecho rincón y protegidos por una inmunda cortina, Arlie saeteó a su compañero.

—Explícate de una vez. Me tienes sobre ascuas.

—¿Entonces tú no sabes a lo que yo me refería?

—En absoluto, no tengo la menor idea.

—Arlie, lo que te voy a decir me puede costar muy caro. Te ruego que tengas la mayor discreción. Yo apuesto a las carreras cuando conozco al ganador.

Para no levantar sospechas no puedo ganar todos los domingos ni en los premios importantes, pero de todas formas los beneficios que obtengo no son nada despreciables. Yo entré en esto a través de O'Sullivan y excuso decirte el cuidado que hay que tener después de la suerte que ha corrido.

—¿Sabes por qué le mataron?

—No tengo la menor idea. Ni tan siquiera si fue por motivo relacionado con este asunto. Me extraña, porque nunca le vi en situación apurada.

—Y ¿quién te dice el ganador? ¿cómo se enteran ellos? y ¿a cambio de qué te dejan obtener esa información? Porque tú les ofrecerás algo a

cambio, ¿no?

—Arlie, déjalo ya. No me hagas hablar más de la cuenta, por favor.

—Dímelo James, necesito saberlo. Por dos veces han intentado matarme. A Angie, mi chica, le dieron una buena paliza, ¿no te parecen suficientes motivos para que quiera enterarme?

—Yo he hecho algún trucaje de fotos, pero seguía siempre instrucciones. O'Sullivan publicaba algunos artículos tendentes a desprestigiar a una cuadra o a un *jockey* y yo lo complementaba con las fotos.

—Por eso ibais siempre juntos.

—Sí, pedíamos trabajar juntos, porque nos entendíamos bien. Yo sé que he ayudado a más de un chantaje con mis fotos, pero cuando me di cuenta ya no podía salirme del tinglado. Me hubiera costado muy caro y no soy ningún héroe. Además si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro. La corrupción en las carreras llega hasta límites insospechados.

—¿Y cómo lo sabes?

—No lo sé, pero me lo imagino. No es la primera vez que saltan a la prensa cuestiones de este tipo.

—¿Quién te pasa a ti la información?

—No puedo decírtelo, no sé su nombre, pero siempre es el mismo tipo. Me dice el caballo ganador al mismo tiempo que me da un papel con las instrucciones a seguir para algún reportaje o noticia, e incluso para obtener algunas de las fotos que he publicado en momentos comprometidos para el *jockey* o el propietario de la cuadra. Recuerda aquella tan conocida sobre el tráfico de droga por parte del *jockey* de la cuadra «Black Horse». Le pillé con las manos en la masa. Estos me dieron el soplo.

—¿Tienen entonces una buena organización?

—De eso no cabe duda.

—Me gustaría conocer a tu contacto, James.

—Eso es imposible. Me juego el tipo. Pero te prometo que la próxima vez que le vea intentaré sonsacarle algo. Es un tipo que cuando bebe larga en exceso.

—Dime cuándo le vas a ver de nuevo.

—El jueves a las nueve en el «Moby Dick».

—¿En el «Moby Dick»? Empiezo a comprender.

—Arlie, por favor, no me comprometas. Actúa con cautela y discreción, nos jugamos el tipo.

—Yo me lo estoy jugando desde hace un mes.

* * *

—¿Por qué te empeñas en hacer las cosas tú solo?

—Oye Angie, ¿es que no me vas a dejar en paz? Hemos hablado

cientos de veces sobre este tema y ya te he dicho que prefiero actuar solo. No quiero meterte en líos y tampoco arriesgarme a que me los crees. Desde la muerte de O'Sullivan, llevo todo el proceso minuciosamente guardado en mi cerebro. Montones de sugerencias y alternativas se me plantean. No puedo comentarte todo lo que pasa por mi cabeza ni tenerte al corriente de todo lo que voy a hacer. Hay una imposibilidad física. No puedo estar en varios sitios a la vez y necesito libertad de movimientos para reaccionar ante cualquier eventualidad. Te pido por favor, que no insistas más. Déjame hacer a mí. Si necesito tu ayuda no dudaré en llamarte.

—Está bien, Arlie. Al parecer no me necesitas por el momento.

—Te agradezco que hayas venido a buscarme y que te intereses por mí. Dentro de unos días iré a una cita de James con su contacto en el «Moby Dick». Espero, así, conocer al menos a uno de la banda. Creo que estoy cerca de descubrirlo todo, pero necesito saber quién mueve todo esto, quién está detrás. Y lo voy a descubrir.

—Confías demasiado en ti mismo.

Él se encogió de hombros.

—No puedo hacer otra cosa. Mi vida corre peligro y antes de que intenten matarme de nuevo, debo adelantarme y descubrirles yo a ellos.

El timbre de la puerta sonó tres veces.

—No sé quién puede ser. No esperaba a nadie. Aguarda aquí un momento, Angie.

Se acercó a la puerta y miró por la mirilla. Era James.

—Hola, ¿qué haces tú aquí? Pasa, no te quedes ahí parado.

—Ha habido cambios, la cita no será el...

Interrumpió la frase al ver a la chica en el salón.

—Es Angie. Este es James, uno de los fotógrafos del periódico. Pero sigue hablando; es de toda confianza.

—¿Fue a ella a quién le dieron, la paliza?

—Sí, y está al corriente de todo lo que ocurre, desde el primer momento.

—Entonces puedo hablarte de la nueva cita.

—Desde luego.

—No sé por qué motivos, pero me hicieron llegar un papel con una nueva cita para la próxima semana. Será el martes, en el mismo sitio. He querido avisarte para que no fueras. Últimamente hay muchos cambios y parece que hay marejadilla.

Hizo una breve pausa y añadió:

—Desde la muerte de O'Sullivan pasa algo raro. Yo empiezo a tener miedo. Lo que era un juego se está convirtiendo en algo muy peligroso. Quisiera salirme de todo este embrollo pero ahora no puedo. ¡Con tal de que todo acabe bien!

—Por supuesto, muchacho. Tranquilízate. Y no pienses más en ello hasta el martes próximo. ¿De acuerdo?

—Está bien, Arlie. Gracias. Ahora me voy. Quiero llegar pronto a casa. Tengo para dos horas en el laboratorio. Hasta la vista, Angie.

—Adiós. Y suerte.

Le acompañaron hasta la puerta y cuando salió se miraron preocupados.

—Podíamos ir al cine, ¿te apetece? —dijo Angie para eludir el tema.

—No es mala idea. Me vendrá bien despejarme la cabeza un poco. ¿Has pensado ya en alguna película?

—No, Arlie. La verdad es que he pensado en lo del cine cuando este chico se ha marchado. Me es más fácil remontar esta situación si me distraigo un poco. Y creo que a ti te pasará lo mismo.

—Tal vez. Cuando quieras salimos.

—Pues ya mismo.

Y salieron juntos.

CAPÍTULO VI

A veces conviene reposar un poco para retomar nuevas energías. Y eso fue lo que hizo Arlie.

Durante toda la semana había tenido los nervios en tensión. La frustrada cita del jueves le había excitado en grado sumo porque quería ir mucho más deprisa de lo que la situación ofrecía. Retrasar sus pesquisas unos días era algo que le ponía, a estas alturas, muy nervioso. Cada día que pasaba necesitaba con más urgencia descubrir al asesino de O'Sullivan y el fraude de las carreras, pues ya estaba convencido que todo era del mismo ovillo.

Además caminaba intranquilo por la calle, subía con precaución a su casa, sospechaba en el restaurante de cualquiera que se sentaba a su lado y por dos veces creyó ver a «Cabeza rapada».

Así pues, decidió pasar con Angie un fin de semana tranquilo y esperar a la nueva cita del martes.

Estuvieron discutiendo dónde podían ir, y al final optaron por pasar el sábado en Nueva Jersey y visitar al hijo de Angie que estaba allí con su abuela. El domingo sería otra cuestión a plantear.

Enfilaron la calle 179 para atravesar el puente Washington que une los dos estados, Nueva York y Nueva Jersey.

El tráfico, en aquella mañana de sábado era impresionante. El tapón ocupaba las dos direcciones. Y cuando una cosa sale mal, el resto se desarrolla peor.

—Ya te dije que debíamos haber salido antes, pero te pones muy pesado cada vez que tienes que afeitarte.

—Yo nunca te he dicho lo cargante que eres cuando te maquillas. Y además ¿qué prisa tenemos?

—Le había dicho a mi madre que llegaríamos a la hora de la comida.

Él soltó un bufido.

—Son las once de la mañana. Yo creo que hay tiempo suficiente.

—No estoy segura. Vamos a tardar una hora por lo menos en atravesar el puente y luego tenemos media más de camino.

—Con todo serían las doce y media.

—Eso si salimos de aquí en una hora...

—Pero bueno, ¿y qué quieres que yo haga? No puedo sacar alas al coche. Te aseguro que lo haría gustoso con tal de que tú callaras.

—Eres muy gracioso. ¡Pues aquí te quedas!

Abrió la portezuela del coche y salió dando un golpe.

—Angie, ven aquí —gritó sacando la cabeza por la ventanilla.

Vio que los automóviles de delante no se movían y bajó en busca de la chica.

La cogió del brazo y le dijo amistosamente:

—No seas idiota, cariño, tranquilízate. No tenemos ninguna prisa y habíamos decidido pasar tranquilos el fin de semana.

—Sí, pero contigo es imposible. Ya me he dado cuenta.

—No digas tonterías. Corre, ven, el tráfico empieza a rodar.

Dieron una carrerita y subieron precipitadamente. Los de atrás comenzaban a tocar el claxon.

—Calma, muchachos —dijo levantando los brazos—. Estáis todos locos.

Avanzaron quinientos metros y un policía les mandó parar.

—Aquí ha pasado algo —dijo Angie.

—Sí. Al parecer alguien ha querido darse un baño en el Hudson.

Un coche había chocado con el pretil del puente.

—Circulen, circulen —dijo el policía.

—Vamos Arlie, que el poli tiene prisa y nosotros también.

—Espero que estés contenta. Llegaremos a tiempo para comer y dar una vuelta con el chico. Podríamos llevarle al zoo.

—Podías ser un poquito más original. Le has llevado al zoo cuatro veces.

—Pues con esta serán cinco. ¡Vamos!

* * *

Efectivamente pasaron un día tranquilo. La madre de Angie era una mujer afable y cariñosa, con un tremendo deseo de agradar. El chico se había portado maravillosamente, cosa por otra parte natural en él. Era un niño pacífico y poco caprichoso. Cuando determinaron abandonar el parque de atracciones, no puso la menor objeción. A sus ocho años era todo un hombrecito.

Angie lo había llevado con su madre cuando fue asaltada aquella noche. Le asustó que pudieran hacerle algo al niño y optó dejarlo en Nueva Jersey. Por otra parte a la abuela no le contrariaba en absoluto la presencia de Tommy. El único problema era el colegio, pero cuando la situación estuviera más clara, volvería a llevarlo con ella.

Prefirieron regresar por la noche a Nueva York y dormir en casa de Angie.

Arlie intentó convencerla de que debían buscar la casa cerca del puerto donde le tuvieron encerrado, pero la chica se negó en redondo. Querían un fin de semana tranquilito y esa no era la mejor forma de conseguirlo.

Regresaron a Manhattan y atravesaron Broadway, la más larga y

conocida avenida.

—¿Sabes lo que significa «Manhattan»? —preguntó Angie.

—No. ¿Tú has nacido aquí, en la isla?

—Sí. «Manhattan» significa «Isla de las colinas», según un dialecto indio y Broadway, que atraviesa de norte a sur era una vieja ruta india. Tú naciste en California, ¿verdad?

—Sí, pero hace diez años que vivo en Nueva York.

—Aún te quedan muchas cosas por conocer, estoy segura. ¿Has estado alguna vez en el Radio City Music Hall?

—Qué cosas tienes, Angie. ¡Claro!

—¿Sabías que es el teatro cubierto más grande del mundo, con más de seis mil asientos?

—No, no lo sabía. Yo me dedico a información deportiva, no a cotillear en todas partes como tú, nena.

—Entonces, ya que te las das de listo, aseguro que has visitado el museo de Arte Moderno, en la calle 53, entre la Quinta y la Sexta avenidas.

—Pues no, no lo he visitado... todavía.

—En diez años yo creo que has tenido tiempo suficiente. Claro, que como no te gusta cotillear...

—Oye, ¿quieres dejarme en paz? Cuando necesite un cicerone, te llamaré.

Angie no volvió a abrir la boca en todo el trayecto.

* * *

—¿Has dormido bien, cariño? ¿Se te pasó el enfado? Has estado muy tonta conmigo. No quise molestarte.

—Te comprendo. No me explico cómo puede gustarte una chica tan pesada como yo.

—Si es que no me gustas...

Le echó una mirada que obligó a rectificar a Arlie.

—Era una broma, Angie. Ya veo que no está el horno para bollos. Será mejor que me calle.

—Desde luego, mucho mejor.

—Pero ¿no pretenderás que estemos todo el día sin hablarnos? Deberíamos pensar qué vamos a hacer hoy.

—Pues consúltalo con otra. Hoy no pienso salir contigo. ¡Ni nunca! Y ya puedes ir preparando el desayuno si no quieres que la cosa se ponga peor de lo que está.

Se metió en el cuarto de baño dispuesta a quedarse en remojo un buen rato.

Arlie mientras tanto preparó el café.

—¿Quieres tostadas? —dijo a gritos.

—Sí —contestó ella desde el baño—, muy hechas y con mucha mermelada. En la nevera hay de naranja amarga, es la que más me gusta.

—Entonces te la pondré de ciruelas.

—Cuando salga del baño te voy a dar con una sartén en la cabeza, estúpido.

—Eso lo veremos —dijo Arlie muy bajito en la misma puerta del cuarto de baño.

—Sal de aquí o te empiezo a echar agua.

—Atrévete.

Se arrodilló en la bañera y empezó a sacar agua con las dos manos. Salpicó el suelo sin conseguir llegar hasta donde estaba Arlie que daba saltitos a cada vez.

Distraída con un copo de espuma, no vio que el chico se le echaba encima. La cogió por los brazos con una mano y la levantó con la otra. La cargó a la espalda y salió del baño en dirección al dormitorio.

—¡Idiota, suéltame! Estás poniéndolo todo perdido. ¡Oh! Y además se está saliendo el café. ¡Suéltame!

—Todo eso puede esperar —cortó Arlie y la dejó caer sobre la cama.

* * *

Cuando salieron del dormitorio tuvieron que preparar otra vez café. No quedaba ni gota. Desayunaron abundantemente y con el cuerpo repleto se dispusieron a leer la prensa que el repartidor había dejado en la puerta.

En la página de sucesos una pequeña nota aludía al asesinato de Ronald.

«Nuevas averiguaciones en el caso del asesinato de Ronald Mathew. La policía ha tenido noticia por medio de un amigo del fallecido que este tenía contacto con la mafia de las carreras de caballos. Es muy probable que su muerte se deba a un ajuste de cuentas».

—¡Caramba! Qué listo es este chico.

—¿Qué chico? —preguntó Angie.

—El sargento Pinkerton, querida. Tendré que llamarle uno de estos días.

* * *

—Precisamente estaba pensando en usted, sargento. El otro día leí una noticia en el periódico sobre la muerte de Ronald y me sentí intrigado. Esperaba que usted me aclarase algunas cosas.

—Eso es mucho pedir, Thompson, pero yo también quería verle. ¿Puede usted pasarse por mi despacho dentro de una hora?

—Preferiría que quedásemos en otro sitio. Tengo una cierta aversión a

su «oficina». ¿Qué le parece el café que hace esquina dos bocacalles más abajo?

—Perfecto. Allí nos vemos.

Cuando el sargento Pinkerton entró en la cafetería, Arlie Thompson llevaba cinco minutos esperando. Se dirigió hacia la mesa y colgó su abrigo en una percha.

—Aquí hace siempre mucho calor —dijo despistadamente—. Buenas tardes. Espero que ya esté usted repuesto del todo.

—No lo crea, aún tengo secuelas.

—Me decía usted por teléfono que se había sentido intrigado al leer la nota en la prensa. ¿Por qué?

—Me extrañó la relación que sospechan que tenía el muerto con una cierta mafia de las carreras. También me chocó que «un amigo» les hubiese dado el soplo.

—Como usted comprenderá, Thompson, no le voy a contar nuestro método para descubrir información.

—Tampoco es necesario. Uno puede imaginárselo con facilidad.

—Me gustaría intercambiar con usted algunos datos. Estoy convencido de que tiene en su poder algunos hilos que por el momento, se nos escapan a nosotros. Y además, después de los sustos que le han dado, sería extraño que un hombre como usted se hubiese metido en casa, sin preocuparse por averiguar los motivos.

—Es usted muy inteligente, Pinkerton. ¡Qué deducción!

—Déjese de ironías y vayamos al grano. No olvide que soy policía.

—Y usted no olvide que yo he venido aquí por mi propia voluntad y que no estamos citados «oficialmente».

—Está bien, ¿qué sabe usted del tal Ronald?

—Tuve el gusto de conocerle muy poco tiempo. Estaba yo en su *club* tomando una copa y hablando con la camarera, cuando apareció él despotricando. Debía tener muy malas pulgas. O por lo menos eso me pareció en aquel primer y único encuentro.

—¿No volvió a verle?

—No.

—Últimamente ha frecuentado usted el hipódromo ¿no es verdad?

—Sí. Hace un tiempo iba todos los domingos. Al cambiarme de sección en el periódico, dejé de ir. Hace poco he vuelto a coger ritmo.

—No me parece casual.

—Está usted en su derecho de creer lo que le convenga.

—No le veo excesivas ganas de colaborar.

—¿Por qué es usted tan susceptible? Si estoy aquí es porque quiero cambiar impresiones. Pero lo que no puede pretender es que le conteste a todo lo que me pregunte. En especial cuando desconozco la respuesta.

—En resumen: ¿no tiene usted ninguna novedad importante en relación al caso O'Sullivan?

—Tal vez le sirva esto. Creo que hay una relación entre el «Moby Dick», las carreras y mi periódico. Y ahora ¿podría usted decirme qué «amigo» de O'Sullivan le habló de sus andanzas?

—Precisamente fue un compañero de su diario.

—James.

—No le voy a decir más. Con ese dato es suficiente.

—Como verá no estoy muy descaminado.

—Más bien todo lo contrario. Y ahora permítame que me vaya. Tengo una cita con mi mujer que ya he pospuesto cinco veces. Si hoy no aparezco, se divorcia.

—Yo también me marcho. Aunque no tengo a nadie que me eche la bronca quiero llegar pronto a casa. Deje, yo le invito.

Extendió un billete al camarero que se había acercado a cobrar.

—Si tiene algo interesante para mí, llámeme, Thompson.

—Lo mismo digo.

—¿No prefiere colaborar conmigo en vez de hacerlo por su cuenta y pisarme el terreno?

—Creo que as cosas están bien como están.

Se despidieron en la puerta y siguieron por caminos opuestos.

* * *

Llegó con tres cuartos de hora de antelación, para poder elegir una mesa discreta y no ser visto por el contacto de James. Si las cosas no salían bien podía poner en peligro su vida y la del fotógrafo.

Lucy le saludó efusivamente y al momento le ofreció un whisky.

—Gracias, pero prefiero un *gimlet*.

—Llevabas mucho tiempo sin venir por aquí. Empezaba a preocuparme. No he querido llamarte por si eso te perjudicaba con la policía. Me imagino que leerías en el periódico todo lo referente a la muerte de Ronald.

—Por supuesto, eso me ha hecho entender algunas cosas que hasta ahora tenía bastantes oscuras.

El chirrido de la puerta del *club* hizo que Arlie volviera la cabeza.

—¿Esperas a alguien?

—No —mintió—. Solo he venido a tomar una copa y a charlar un rato contigo. Quería saber cómo te encontrabas después de lo de Ronald y si la policía te había molestado mucho. Siempre es desagradable.

—No, no lo he pasado demasiado mal. Últimamente mi relación con Ronald era tan disparatada que no he sentido demasiado su muerte, de verdad. En cuanto a la policía, ha venido bastante por aquí un tal sargento

Pinkerton, pero no puedo quejarme.

—¿Qué quería saber Pinkerton?

—Al parecer había averiguado que Ronald estaba relacionado con una especie de banda que funcionaba en el hipódromo y extorsiona a ciertos *jockeys*. Quería saber si yo estaba al corriente de sus actividades.

—¿Y lo estabas?

—Tú también quieres saber demasiado.

—Creo que a mí puedes decírmelo.

—Prefiero dejar ahora ese tema. Quizás en otro momento. Ahora hay mucha gente en el bar. Si tienes tiempo, luego charlamos.

—Está bien. Voy a sentarme un rato.

Todavía faltaban veinte minutos para la hora de la cita. Arlie sacó un periódico y se puso a leer. Volvió a pedir otro *gimlet* y continuó la lectura.

Al cuarto de hora James entró en el bar. Traía un enorme bolso colgado del hombro. Sin duda venía de hacer algún reportaje y había cargado con un montón de cámaras y objetivos.

El fotógrafo echó una ojeada a los que estaban sentados en las mesas y rápidamente se percató de la presencia de Thompson. Sin mediar ningún tipo de gesto, se apoyó en la barra y pidió una cerveza.

No había dado el primer sorbo, cuando un nuevo chirrido de la puerta hizo que los dos hombres, cada uno desde su posición, girase la cabeza.

Un hombre bajito con gafas redondas y una bufanda de cuadros azules que le rodeaba el cuello penetro en el local.

Se dirigió directamente hacia James. Se colocó a su lado y se saludaron discretamente. El recién llegado miró hacia las mesas y le hizo un gesto a James con la cabeza para que pasaran a ocupar una de las vacías.

El ambiente iba llenándose de humo y la gente empezaba a acudir al bar. Era la hora de salida de un turno de telefonistas que trabajaban en la manzana siguiente.

Las mesas se ocuparon rápidamente y Thompson se sintió así más protegido, a pesar de haberse colocado en un rincón, semicubierto por un chaflán que achataba el recinto por aquel lado.

Siguió atentamente con la mirada el movimiento de los labios de James y su contacto. El murmullo en ascenso de la gente que ya se relajaba de la tensión del día de trabajo, le impedía escuchar alguna palabra de la conversación, porque estaban demasiado lejos.

Una desagradable sonrisa se dibujó en el rostro de James. Las cosas no le debían de ir demasiado bien. ¿Le habrían descubierto?

Desechó esta idea al instante. El único que lo sabía era James y lógicamente él no iba a decir nada. Pero ¿y si le había tendido una trampa?

Miró hacia la barra y vio a Lucy que se apresuraba en servir a los diez o doce clientes que habían entrado de golpe. El chico que la ayudaba y que

había contratado hacía un par de semanas, era algo lento todavía.

CAPÍTULO VII

Cruzó una mirada con Lucy. Le parecía observar cierta intranquilidad en su gesto. James y el hombre bajito llevaban más de media hora hablando. ¿Qué le estaría contando? El gesto de James era preocupado y desde luego no estaba recibiendo buenas noticias.

Arlie tenía ganas de que la conversación terminase para poder reunirse con James en su casa.

Intentó una vez más recordar la cara del hombre que hablaba con él, pero le fue imposible. No le había visto en su vida.

Empezó a sentir un cosquilleo nervioso por todo el cuerpo. Aquello se estaba prolongando mucho más de lo que él creía. A James también se le veía inquieto.

Arlie Thompson, cambió el plan repentinamente.

Iba a seguir al hombrecito y después se reuniría con el fotógrafo. Si localizaba su domicilio o algún otro lugar de contacto le serviría para, en días sucesivos, poder hacer nuevas averiguaciones.

Volvió a mirar hacia la barra y nuevamente se cruzó con la mirada de Lucy. Esta le hizo una seña para que se acercara.

—Arlie, hay alguien que quiere hablar contigo.

—¿Quién?

—No puedo decirte nada más. Pasa por este lado y entra por la puerta que está detrás del mostrador.

—Está bien. Pero, ¿no me puedes decir quién me espera?

—No, Arlie. No tengo ni la menor idea.

Pidió permiso a dos clientes para que le abrieran paso. Levantó la tapa del mostrador que le dejaba el hueco libre y la dejó caer nuevamente. Corrió una cortina que camuflaba la puerta y giró el pestillo.

Entró en una sala a oscuras y con la mano derecha tanteó en la pared para descubrir el interruptor de la luz, pero no lo encontró. Realizó la misma operación con la mano izquierda y tampoco tuvo éxito. No se atrevió a moverse hasta no tener asegurados los pies en el suelo. Podía haber algún escalón.

Fugazmente su cerebro intuyó lo extraño de la situación, pero no pudo reaccionar. Una mano aprisionó la suya y tiró de él hacia dentro, al mismo tiempo que un fuerte golpe en la nuca le hizo gemir de dolor.

Notó que un tremendo calor le subía a la cabeza y las ganas de vomitar llegaron hasta su garganta.

Un segundo porrazo le hincó de rodillas en el suelo.

La oscuridad le impidió ver a su agresor.

Un tercer impacto le hizo caer de bruces contra el suelo. En ese momento perdió el sentido.

* * *

El teléfono sonó una vez más. Angie, desperezándose, se dijo que aquella noche no conseguiría pegar ojo.

—¿Quién es? —dijo con voz ronca.

—Soy James. ¿Está Arlie ahí?

—No, ¿le estás buscando?

—Sí, y era importante. Quedamos en vernos hace ya un par de horas y no ha dado señales de vida. Me extraña porque él tenía interés en hablar conmigo. Estuvimos en la cita, ¿recuerdas? Bueno, él estuvo en otra mesa espiando a mi contacto. ¿No sabes dónde puede estar?

—No tengo ni la menor idea. Pero me preocupa que no haya aparecido. ¿No habrá tenido algún percance?

—No creo... no sé.

—James, ¿por qué no vienes y me cuentas con más detalle todo lo que ha pasado?

—En media hora estoy contigo. Si no te importa prepara café.

—Sí, yo también lo necesito.

James se presentó a la hora prevista. En pocas palabras le contó como se había desarrollado la situación y como Arlie se había quedado cuando ellos salieron, aunque...

—En un momento determinado le vi que entraba detrás de la barra y se dirigía hacia los lavabos. Pero, ahora que lo pienso... no le vi volver. Mejor dicho, no me fijé si había vuelto, porque al poco rato terminé la conversación y salí junto con el contacto hacia la calle. Pensé que Arlie seguía en la mesa, que por cierto estaba bastante oculta, pero... no recuerdo haber mirado otra vez hacia allí, por lo tanto no puedo asegurar que estuviera.

—Entonces ha podido pasarle algo, ¿no es cierto?

—No lo sé, Angie, no lo sé. Lo mejor es que te vistas y echemos un vistazo en el «Moby Dick». Podemos preguntar también a la camarera.

—Estoy en cinco minutos.

* * *

Otra vez le habían vuelto a ganar la partida. Estaba harto de recibir y ansiaba el momento de tomarse la revancha.

El tremendo chichón le hizo recordar los golpes.

A su alrededor, cajas de botellas vacías y llenas, le hicieron entender

que se encontraba en la trastienda del bar. Recordaba con claridad todo lo que había sucedido... ¡Ahora lo comprendía! ¡En todo aquello estaba metida Lucy!

Le había tomado el pelo de mala manera. Su miedo a Ronald, el desconocimiento de sus actividades. ¡Todo había sido un cuento!

Ella estaba al corriente de todo y le había tendido una trampa llamándole detrás de mostrador. Lucy era cómplice en toda aquella trama.

Se buscó en los bolsillos y sacó una cajetilla de tabaco. Aspiró el humo lentamente y notó como le reconfortaba el cuerpo dolorido. Una punzada en la espalda le hizo pensar en una recaída de la lesión que había sufrido en las costillas. Pero no, esta vez solo le habían golpeado en la cabeza.

Se dirigió a una de las cajas de cerveza y sacó una botella. De un golpe seco hizo saltar el tapón. Bebió un largo trago. Por lo menos no pasaría sed.

Se sentó en el suelo, apoyado contra la pared, y dio la última chupada al cigarro. También dio fin a la botella de cerveza.

Seguía sin saber quién estaba detrás de todo el asunto, pero ahora comprendía muy bien de qué se trataba.

Algunos compañeros del periódico, mediante extorsión, chantaje, o por su propia voluntad, habían decidido dar falsa información en la prensa a cambio de recibir algunos beneficios en las apuestas de caballos.

Desde el «Moby Dick», o bien se dirigía el cotarro, o bien era un lugar secundario de operaciones, pero Ronald y probablemente ahora Lucy, estaban al servicio de aquel grupo de indeseables. Y Ronald debía haber sido hasta su muerte una especie de jefecillo.

Por eso Lucy había provocado a O’Sullivan y le hizo creer que salían juntos. Para quedar él como sospechoso de la muerte de su amigo por celos. Había sido una buena coartada.

Pero ¿quién había matado a O’Sullivan? Ese punto también estaba por descubrir. ¿Habría sido «Cabeza, rapada», o Ronald, o el hombrecillo que habló con James? ¿O tal vez Lucy?

* * *

James y Angie volvieron desolados a casa. Habían recorrido los lugares que solía frecuentar Arlie y en ninguno sabían nada de él. Fueron al «Moby Dick» y allí no supieron darles tampoco ninguna pista. Lucy, la camarera, le vio durante un rato en el bar, pero después salió sin comentarle donde iba. O por lo menos eso fue lo que ella les dijo.

—Estoy segura de que algo le ha pasado. No cabe otra explicación.

—Pero ¿dónde está? No ha podido evaporarse.

Angie estaba agotada. Había tenido un día fatal, y después de recorrer media ciudad, hasta las tres de la mañana, el sueño y el cansancio pedían con ella.

—Lo siento, James, pero no se me ocurre otra cosa que echarme a dormir. Mañana seguiré buscándole. Llamaré a la revista y les diré que no me encuentro bien. Así dispondré de todo el día. Si quieres podemos ir juntos.

—Me parece lo más razonable. Y como no podemos avisar a la policía... Creo que es la mejor solución. Descansaremos el resto de la noche y mañana temprano comenzaremos de nuevo la búsqueda. Yo también procuraré tener el día libre.

—Entonces no hablemos más. Telefonéame a las ocho, ¿te parece buena hora?

—Sí. Hasta mañana, Angie.

Le acompañó hasta la puerta y se dejó caer en la cama. Estaba tan excitada que le iba a costar trabajo conciliar el sueño. Prefirió prepararse otro café y darse una ducha. Le ayudaría a relajarse un poco.

El día había sido espantoso, y la noche...

Su redactor se había portado con ella como un cretino. La había invitado a cenar y al negarse, la había amenazado solapadamente con darle un trabajo más ingrato. Era un perfecto canalla. Luego, la entrevista con Eddie Durbin había sido de las que hacen época. El tío llevaba una borrachera que le costó despejarse tres horas. Y ella aguantando.

Por la tarde, su hermana le había pedido que se quedara con los niños y habían tenido una pelotera porque a Angie no le apetecía lo más mínimo y por supuesto no se había quedado con ellos. Más tarde las llamadas. Y al final lo de Arlie. ¿Dónde estaría? ¿Tendría problemas?

El ruido de la ducha al golpear el suelo y su trabajadora imaginación le impidieron oír a la primera el timbre del teléfono. Cortó el agua y escuchó con atención. Efectivamente era el teléfono.

—¿Qué pasará ahora? Está visto que este no es mi día, ni mi noche.

Con un tremendo mal humor salió de la ducha y se enrolló en una toalla. Le daba muchísima rabia no poder secarse el cuerpo con tranquilidad, porque le molestaba dejar todo el suelo encharcado. Chapoteó el agua en las zapatillas y a regañadientes se dirigió hacia el dormitorio. Cogió el auricular y antes de que contestara, una voz le habló:

—¿Angie?

—Yo misma. ¿Quién habla?

—Lucy, la camarera del club «Moby Dick».

Y prosiguió:

—¿Está usted sola en casa?

—Sí. ¿Pero qué es lo que quiere a estas horas? Arlie no está aquí.

—Sí, ya sé que Arlie no está ahí. Le llamaba para decirle dónde está.

Angie abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo dice?

—Que sé dónde se encuentra Arlie.

—¿Y por qué no nos lo ha dicho antes, cuando estuvimos allí el fotógrafo y yo?

—Eso no cuenta ahora. ¿Quiere o no saber dónde está?

—Pues claro que quiero saberlo —contestó Angie enfadada.

—Venga aquí, al «Moby Dick».

—Pero ¿está abierto aún?

—Oiga deje de poner pegas y venga.

—¿Y cómo sé yo que Arlie está ahí y no es una trampa para cogerme también a mí?

—Solo lo puede saber si viene usted. Yo no puedo demostrárselo, pero confíe en mí. El hecho de haberla llamado me pone en una posición muy delicada.

—Eso puede ser un cuento chino.

—Ya le he dicho que no puedo demostrárselo. Tendrá que venir para comprobar que Arlie está aquí. No puedo hacer más. Haga lo que quiera.

Y colgó el teléfono.

Angie quedó pensativa. En un primer momento especuló con la posibilidad de que la llamada fuera una trampa. Luego, acabó convenciéndose de que Lucy le había dicho la verdad. ¿Por qué iba a mentirla?

Decidió ir sola y no llamar a James. En el peor de los casos quedaría él para proseguir la búsqueda de los dos.

Le dejó una nota avisándole de que se iba al «Moby Dick», se vistió con toda rapidez y salió de la casa. Si no cogía una pulmonía esa noche, no la cogería nunca. En la calle hacía frío y llevaba el pelo empapado. No le había dado tiempo a secárselo.

* * *

En aquel momento se estaba tocando el bulto que tenía en la nuca y lo comparaba con el que tenía en la frente, el que se había hecho cuando cayó de bruces.

La puerta se abrió de golpe.

¡Lucy estaba en el umbral!

El contraluz la hacía aparecer bellísima. Nunca se había fijado en ello. Su cuerpo esbelto estaba encerrado en un vaquero que le ajustaba demasiado. El talle espigado y sus senos pequeños resultaban elegantes a pesar del grueso jersey de cuello de cisne. Su melena castaña, caía con languidez sobre sus hombros.

Apoyada en el quicio de la puerta se limitó a mirar a Arlie durante unos segundos, pensando quizá qué iba a decirle.

CAPÍTULO VIII

—¿Admirando tu obra? —preguntó Arlie.

—No soy yo quien te golpeó —contentó un tanto altanera.

—Ya. De ese estoy seguro. Pero tú me tendiste la red.

—Arlie, quiero hablar contigo. Necesito contártelo todo. No puedo soportar que pienses de mí... lo que estás pensando.

—Y ¿qué quieres? Estabas metida, y lo estás, en toda esta podredumbre y has querido hacerme creer que no tenías arte ni parte en el asunto. Ahora me explico lo de Ronald y lo de O'Sullivan. Y tú avisaste a esos matones porque yo estaba investigando, y tú —la señaló inquisitivo con el dedo—, les avisaste la otra tarde de que James estuvo en el bar con un hombre bajito...

—La otra tarde no —cortó Lucy—, ayer por la tarde.

—Bueno, me es igual, he perdido un poco la noción del tiempo, pero sabes a qué me estoy refiriendo. Te has portado muy mal conmigo, Lucy, y me gustaría saber la razón.

—Me cuesta trabajo decírtelo, pero te lo voy a decir.

Cerró la puerta tras de sí y encendió un fluorescente que colgaba del techo, medio desvencijado. Se acercó hacia donde se encontraba Arlie y se sentó junto a él. El taburete cedió y Lucy cayó al suelo.

Él se apresuró a recogerla y al levantarla sus labios se acercaron a los de la chica. Su mirada le hizo comprender muchas cosas.

—¿Te has hecho daño?

Ella seguía mirando fijamente sus labios.

—No, gracias, no ha sido nada.

Cogió otro de los taburetes almacenados en la trastienda para casos de urgencia en el bar. Antes de sentarse se aseguró de que no le jugaría otra mala pasada. Reanudó la conversación.

—Verás, Arlie, yo fui la que provoqué los celos de O'Sullivan. Yo le dije que tú y yo nos veíamos a escondidas y que le iba a dejar porque... porque...

—¿Por qué, Lucy?

—Porque estoy enamorada de ti.

Arlie esperaba una contestación parecida.

—Pero tú sabías que iban a matar a O'Sullivan y preparaste la discusión ese día entre los dos, para que los testigos pudieran afirmar que habíamos discutido y así yo fuera sospechoso de asesinato.

—Te equivocas, Arlie. Yo no sabía que iban a matar a O'Sullivan. Me

enteré después. Fue al contrario. Ronald presenció vuestra discusión y aceleró la muerte de tu compañero. Yo tan solo le incité para que me prestaras atención.

—O sea, que el asesino fue Ronald. ¿Y por qué voy a creer que tú no lo sabías, por el mismo Ronald, que iba a matar a mi amigo y por eso procuraste a tu novio una coartada? Me has engañado todo el tiempo. ¿Por qué voy a confiar en ti ahora?

—Porque ahora estoy diciéndote toda la verdad. Yo supe después que Ronald había matado a O'Sullivan. La discusión entre vosotros se provocó por el motivo que te he contado. Cuando O'Sullivan apareció muerto pensé que habías sido tú, pero no lo comenté a nadie. Fue el mismo Ronald quien me dijo que había tenido que quitarle de en medio porque les amenazó con publicar en el periódico todo lo que sabía referente a la organización mafiosa que funciona en las carreras de caballos. O'Sullivan había estado metido en la propia organización, pero decidió no continuar y quiso dejarlo. Entonces no se lo permitieron y él amenazó con descubrirlo todo. Eso le costó la vida.

—¿Y quién mató a Ronald?

—Esa es otra cuestión. Ahora tengo que ir a una cita para informar de que todo está en orden y que tú sigues encerrado. Tendrás que esperarme unos veinte minutos si quieres que te cuente la segunda parte.

—No tengo ningún inconveniente. Al contrario. Y por otro lado, no me queda otra solución que esperarte. Aunque también podría abalanzarme sobre ti, dejarte inconsciente de un golpe y escaparme.

—Te pido que no lo hagas. Si tú te escapas podría costarme muy caro. Creen que estoy con ellos, aunque desde lo de Ronald empiezan a sospechar que no estoy muy convencida de lo que hago.

—No te preocupes, no voy a hacerlo. Puedes irte tranquila. Ni tan siquiera intentaré escapar cuando hayas salido. Te voy a esperar porque quiero saber el final de toda esta historia. Y quiero conocer a tu jefe.

—En seguida vuelvo, cariño.

Lucy se acercó lentamente a Arlie. Le echó los brazos al cuello y dejó caer la cabeza hacia atrás. Él le retiró los brazos con ternura y la hizo erguirse.

—Llegarás tarde a esta cita, Lucy. Luego seguimos charlando.

Comprendió al momento la intención de Arlie. Giró sobre sus talones, salió de la habitación y cerró la puerta con llave.

Arlie se quedó pensativo. Pensativo y preocupado.

¿Se la jugaría Lucy una vez más?

* * *

Transcurrió algo más de media hora. Arlie Thompson aguzó el oído.

Efectivamente oyó unos pasos que se acercaban a la puerta. La llave giró dos veces en la cerradura y la puerta se abrió.

Lucy había vuelto.

Pensó que no vendría sola, pero estaba equivocado. Lucy llegó precipitadamente hasta él.

—Tienes que marcharte, van a llegar enseguida. Piensan matarte. Tus averiguaciones han llegado demasiado lejos.

—Lo siento, pero no me voy sin que me cuentes ese interesante final.

—Arlie, no seas loco. Llegarán en menos de media hora y si te pillan aquí no tendrás escapatoria.

—Entonces date prisa y cuéntame lo de Ronald.

—Está bien. A Ronald le mataron ellos mismos. Como dijo la policía fue algo así como un ajuste de cuentas. Le encargaron matar a O'Sullivan para que mantuviera la boca cerrada y una vez cometido el asesinato, Ronald pidió mayor participación en el negocio, por realizar «trabajos extra». A eso se opuso el jefe. Yo lo sé porque poco antes de morir Ronald me comentó que había tenido objeciones para recibir mayor cantidad de dinero. Pero al parecer todo se iba a solucionar. Lo más probable es que le hicieran creer que estaban convencidos del aumento de dinero y en definitiva lo que hicieron fue rebajarle la paga.

—Todavía te queda sentido del humor.

—Ni yo misma sé cómo lo consigo.

—Y ¿quién es la persona que dirige todo esto?

—Eso no te lo puedo decir.

—¿Quieres mantener el secreto?

—Ni mucho menos. Es que no lo sé. Tengo noticias, siempre a través de Ronald, de que hay muchos peces gordos metidos en este asunto. Una mitad es extorsionada por la otra mitad, solía decir. Yo entendía que entre los mismos propietarios de cuadras o gente de empresas importantes, relacionados con el negocio de las carreras de caballos, se había unido para llevar a la bancarrota a una parte importante de sus competidores. Y esto lo habían logrado a base de chantajes y extorsiones.

«Recuerdo bien que Ronald, en una primera época, se dedicaba a investigar y a seguir a algunos gerifaltes. Conocía sus vidas mejor que ellos mismos y me figuro que en más de uno encontraría motivos para poder amenazarles con lanzar a los cuatro vientos, en caso de no avenirse a sus deseos, sus atropelles.

—Y tú, mientras tanto, en medio de toda esa basura. O mejor dicho, participando en ella.

—Cuando conocí a Ronald no era así. Era un chico excelente al que le gustaba mucho el deporte. Había estado durante tres años en el Instituto de Cultura Física y había practicado natación y atletismo. Tenía un amigo

íntimo que estudiaba periodismo y del que me hablaba muy a menudo. Al parecer su amigo era muy aficionado a los caballos. Cuando terminó la carrera se puso a trabajar en un diario. Yo no llegué a conocerle porque, según me dijo Ronald, se trasladó a Washington.

—¿Y cómo le conociste?

—Me lo presentó una amiga en el «Moby Dick», cuando acababa de arrendarlo. Ese amigo periodista le prestó dinero para el bar. Pero nunca pasó por aquí.

—¿No sabes su nombre?

—No, nunca me lo dijo. Y, ahora que lo pienso, es algo extraño.

—¿No hablaste de ese amigo a la policía?

—No. Yo hablo poco con la policía.

Unos pasos se oyeron en el piso de arriba.

—Ya están aquí. Acaban de entrar en el bar. Has sido un loco quedándote. Te van a matar —dijo Lucy en tono desesperado.

—Tranquila, nena. Vamos a intentar salir de esta. Cuando entren, yo estaré colocado detrás de la puerta y te estaré sujetando para po...

Un golpe tremendo hizo saltar la cerradura de la puerta.

* * *

«Cabeza rapada» se colocó en el umbral como un coloso.

Arlie no pudo acabar su frase y tampoco tuvo el tiempo suficiente para poder realizar el plan que intentaba llevar a cabo con Lucy.

Detrás del gigante estaba el tipo que siempre le acompañaba.

—¡Cuánto tiempo sin verte, muchacho! —dije con falsa voz de amabilidad.

—Hubiera preferido no verte nunca más —confesó en voz alta Arlie.

—Pues ya ves que el destino nos une.

Dio unos pasos hacia adelante y se colocó frente a Thompson. Lucy, tras él, les miraba aterrorizada.

—Y tú, gatita, ¿de qué lado estás? ¿Te quedas con él o te vienes con nosotros?

Lucy intentó contestar pero no pudo emitir sonido alguno. Arlie lo hizo por ella.

—Déjala en paz, que se ponga donde quiera. A mí personalmente me tiene sin cuidado, no sé a ti.

—Solo quiero saber si tengo que partirle la cara o no.

—Yo creo que deberías intentar primero partírmela a mí, ¿no?

—Con mucho gusto —contestó «Cabeza rapada», al tiempo que le lanzaba un directo al estómago.

Arlie se dobló hacia adelante con la flexibilidad de un junco. Un gemido de dolor quedó contenido en su garganta por aquello de la hombría.

Mientras, Lucy y el otro contemplaban la escena.

Con la velocidad que le permitieron sus piernas, Arlie se fue hacia adelante y lanzó su puño contra el rostro de la mole.

Tuvo suerte.

El cabezota encajó un buen golpe en el mentón que le hizo tambalearse. Pero no cayó al suelo. Doblegar a aquella bestia iba a costar trabajo.

Arlie cogió rápidamente uno de los taburetes que había en la habitación y le asestó un golpe mortífero en los riñones.

Viendo a su amigo en situación comprometida, el otro golpeó a Thompson con una botella, con tan mala fortuna para él y buena para Arlie, que no le dio lo bastante fuerte como para hacerle perder el sentido.

El joven se volvió y atizó con el taburete en la cabeza a su enemigo. La bestia humana, que ya empezaba a despejarse avanzó nuevamente hacia él.

En esta ocasión fue Lucy quien le golpeó la cabeza y la espalda con otro taburete. Una vez atontado, era más fácil acercarse a él.

Un rodillazo en los testículos del otro, dieron con él en el suelo. Y Lucy remató la obra con un botellazo, esta vez certero.

Pero «Cabeza rapada» no estaba dispuesto a rendirse. Cogió a Lucy por el pelo y la envió contra la pared, al mismo tiempo que levantaba la pierna y pateaba el rostro de Arlie. Un chorro de sangre le salió de la nariz. Pero reaccionó en un segundo. Se pasó el revés de la mano por la nariz y la boca para limpiarse, en parte, la sangre que le cubría y con el mismo movimiento dirigió una tremenda bofetada al oído de gigante.

Un puñetazo en el hígado, un botellazo de Lucy otro directo a la mandíbula y una patada en los riñones llevaron a «Cabeza rapada» a lamer el polvo del suelo de la trastienda que, realmente, estaba muy sucio.

En ese momento el otro, se abalanzó por detrás sobre Arlie y le aprisionó el cuello.

El cansancio y la fatiga habían hecho mella en el castigado organismo del periodista.

Arlie sintió que le faltaba la respiración y también las fuerzas para desasirse del mortal abrazo. Intentó golpear con los codos los flancos de su enemigo, pero le fue imposible. Las fuerzas le abandonaban.

Se dio cuenta de que le faltaba el aire.

Un frío glacial le subió del vientre. Los ojos hinchados querían salirse de las órbitas.

Arlie sintió miedo, el miedo a la muerte.

En un supremo esfuerzo intentó zafarse. La presión que su adversario ejercía en su cuello era fatal. Creyó ver una especie de neblina. Estaba perdiendo el sentido y la vida.

De pronto, la presión cedió.

Poco a poco, el aire fue entrando en sus pulmones a través de sus

hinchadas narices. El dolor en la garganta se hizo insoportable, aunque estaba libre. Sintió desvanecerse el frío. La niebla empezó a desaparecer.

Poco a poco se dejó escurrir lentamente hasta el suelo. Se mantuvo de rodillas unos segundos y cayó.

Lucy se acercó a su lado. Arlie la vio con claridad. Quiso decirle algo pero no pudo. Ella le acarició la cara y le retiró el pelo de la frente.

Cada vez respiraba con menos dificultad, pero en el cuello tenía una tremenda mancha morada.

—Es una escena conmovedora —dijo una voz tras él.

Intentó volver la cabeza pero no pudo.

—Les has dejado fuera de combate. No creí que lo conseguirías. No hace mucho estabas hecho un guiñapo con dos costillas rotas.

La voz le sonaba familiar.

Lucy le sujetó la cabeza para que estuviera más cómodo.

—Peleas bien, Arlie. Podías haberte dedicado al boxeo en lugar de ser periodista.

«Periodista» —pensó Arlie—. ¿Quién era el que estaba hablando?

Intentó incorporarse y lo consiguió. Miró a Lucy y en sus ojos solo encontró miedo. Tenía que volverse, quería... sí... esa voz...

—Arlie, este ha sido un buen reportaje... Eso... en el periódico...

Sintió que las fuerzas volvían a su cuerpo. Una nueva energía le dominó. Se puse en pie y se dio la vuelta.

—Sí, soy yo, Arlie, no te lo esperabas, ¿eh?

La sorpresa se dibujó en su rostro.

En ese momento Lucy preguntó:

—¿Le conoces?

—¡Chester! ¡Chester Lenox!

—¿Y quién es Chester Lenox? —preguntó nuevamente Lucy.

—El jefe de la sección deportiva de mi periódico. ¡Mi jefe, Lucy!

—Me ha sido muy fácil cogerte, Arlie, conocía todos tus movimientos. Tú mismo me los contabas. No te he matado antes para no levantar sospechas, pero últimamente te estabas poniendo muy pesado con tus investigaciones. Y ya sabes demasiado. En cuanto a ti, Lucy, vas a correr la misma suerte que tu amor. Esperaba de un momento a otro tu traición.

—¿No has visto nunca a este hombre, Lucy?

—En mi vida.

—Pregúntale si conocía a Ronald.

—¡Claro que conocía a Ronald! —contestó Chester—. Era un buen chico, aunque algo estúpido. Me fue muy fácil moldearle a mi antojo. Nos conocíamos hacía bastante tiempo. Desde que yo estudiaba en la escuela. A él siempre le gustaron los caballos. Y a mí también. La única diferencia era que yo hacía negocio con ellos y Ronald no. Pero era un chico muy dúctil.

Pronto le convencí de lo maravilloso que era obtener dinero de forma tan fácil. Y además dinero de gente corrompida y brutal, que se las daban de finos, de ricos y elegantes y luego tenían en sus vidas los pufos más grandes que te puedas imaginar. Le sacábamos el dinero a gentuza. No había ni uno decente.

—Lo mismo me ocurrió en el periódico con O'Sullivan, James, Lorne y Smithy. Fueron fáciles de convencer. El dinero todo lo puede.

—Eres un cerdo, Chester.

—No creas. Mucho peor es la gentuza con la que trabajo. Son capaces de matar a cualquiera, de hacer ganar a un caballo cojo, lo que quieras, con tal de mantener en secreto la herencia cobrada ilegalmente, el expediente de crisis falso, la enfermedad falsa de su mujer, que la ha llevado al manicomio. Esos deben de gustarte más. ¿No, Arlie?

—Sois de la misma calaña.

—Tú eras el amigo de Ronald y lo mataste —dijo Lucy.

—Muy inteligente, guapa. Te has dado cuenta a la media hora. A Ronald tuve que matarle porque empezaba a despejársele la mente. Y a mí no me gusta tener a gente inteligente a mi alrededor. Los prefiero tontos.

—Te juro que te mataré, puerco de mierda.

Arlie se fue hacia él como un cohete.

—Tranquilo, muchacho, me está gustando esta charla y todavía no he terminado.

Chester Lenox sacó una pistola del bolsillo de la chaqueta y apuntó a Arlie.

Arlie frenó en seco.

—Eres capaz de cualquier cosa. Y sé que si no lo remedio, nos vas a matar. Procura tener los ojos bien atentos porque a la primera de cambio, al menor fallo que tengas, te mataré yo a ti.

—No estés tan seguro de eso.

—Lo voy a intentar.

Se quedaren mirando frente a frente. El silencio reinó en la habitación.

La respiración jadeante de «Cabeza rapada» puso una nota de color en la tensión del momento.

—Prefiero que sean tontos y fuertes —continuó—. Pero estos dos ya no me valen para nada. Podías sustituirles. Nos repartiríamos el negocio y continuaríamos en el periódico como si tal cosa. Nadie nos ha descubierto en mucho tiempo. Solo tú lo has estropeado y creo que una buena forma de arreglarlo podía ser la que te propongo.

—Métete la proposición donde te quepa —dijo Arlie con desprecio.

—Se terminó, poneos en marcha —ordenó Chester.

Avanzó unos metros con la pistola en la mano y sin dejar de apuntar al cuerpo de Arlie.

—Camina a su lado, preciosa. Y no intentes nada, o uno de los dos, por lo menos, morirá antes de tiempo.

En ese momento una sombra apareció en el umbral de la puerta. Era Angie.

El ruido de sus pasos y el gesto de sorpresa de las dos víctimas obligó a Chester a volver la cabeza. Fue su perdición.

Con rapidez felina, Arlie se lanzó contra él, de un salto tremendo. Una exclamación surgió de las gargantas de las dos chicas.

Cayeron los dos al suelo y Arlie pretendió arrebatarle la pistola. De un puntapié hizo retroceder a Arlie varios metros. En otro alarde espectacular volvió a caer sobre su jefe. Esta vez un rodillazo en el estómago hizo tambalearse a su oponente. Pero no soltaba la pistola. Había formado cuerpo con ella porque sabía que era la única oportunidad que tenía de salvarse. Pero la misma defensa del arma, le impedía utilizar libremente ese brazo.

Arlie se había dado cuenta y le asestaba golpes en el lado izquierdo como una maza. Le empezaba a flaquear el brazo de los golpes que lanzaba.

Cada chica, desde su rincón, presenciaba la escena horrorizada. Sabían que uno de los dos iba a morir.

Arlie le cogió la mano que empuñaba el arma, con toda su fuerza.

Forcejearon una y otra vez.

En uno de los movimientos, las manos desaparecieron entre los cuerpos.

Un ruido seco llenó la sala.

Los dos cuerpos cayeron al suelo.

Angie se acercó hasta ellos.

Arlie levantó la cabeza y le mandó un beso con los labios.

* * *

—Lucy se portó fenomenal.

—Desde luego.

—Fue ella la que me dijo dónde estabas. Se conoce que recapacitó cuando James y yo salimos del bar.

—Ella estaba entre la espada y la pared. Conoció a Ronald cuando todavía no había entrado en el «negocio» de Chester. Y luego, cuando se quiso dar cuenta estaba hasta el cuello. Pero ha demostrado ser una buena chica.

—Puedes dar gracias a tu palmito. Probablemente si hubieras sido bajo, gordo y calvo, no te hubieras librado.

—No te quejarás encima.

—Por supuesto que no. Solo hago la salvedad.

—Ha vendido el *club* ¿sabes? Tenía la mitad del negocio con Ronald y al morir él se quedó con todo. Me llamó el otro día para despedirse. Se ha comprado una granja en Dallas y no quiere saber nada de la ciudad. Pero no puedes imaginarte a quién ha vendido el bar.

—No tengo la menor idea.

—A James.

—¿A James? No digas tonterías. Con lo paradito y lo soso que es. ¿Cómo va a llevar un bar con tanta clientela?

—Mary, su mujer, trabaja con él. Y ella es una chica muy dispuesta. Y en la parte de atrás, en la trastienda, ha puesto un laboratorio fotográfico de primera categoría. Ahí tenía mucho espacio.

—Y ¿qué haremos nosotros ahora? —dijo Angie.

—Bueno, no sé tú. Yo seguiré trabajando en el periódico, ahora de jefe de sección.

—¿No te da cierta aversión, estar en el puesto de Chester?

—Quizá, pero te aseguro que lo voy a superar enseguida. Era un sinvergüenza. Y no se te olvide que podía ser yo el muerto.

—¿Adónde vamos esta noche, Arlie?

—¿Qué te parece si nos quedamos en casa?

Sonó el teléfono interior.

—Señor Thompson —dijo la telefonista—, le paso al sargento Pinkerton.

—Está bien, Rose.

—Hola, Thompson, ¿qué tal va con su trabajo?

—No tan bien como usted, sargento.

—Quería darle las gracias.

—¿Por qué, sargento? No creo haber hecho nada que pueda merecerlas.

—Hombre, Thompson, usted me avisó del lugar donde se encontraba Lenox y así fue como pudimos llegar hasta él. Sin su llamada no hubiéramos llegado a tiempo de que nos diera cierta información antes de morir.

—¡Ah! ¿se refiere a eso? No tuvo importancia, sargento.

Hizo un gesto de extrañeza a Angie.

—Solo quería saludarle, Thompson, no le entretengo más. Y le doy nuevamente las gracias, para lo que necesite ya sabe dónde estamos. Hasta la vista.

—Hasta la vista, sargento. Y le felicito.

Colgó el auricular y se dirigió a Angie.

—¿Tú sabes algo de una llamada al sargento Pinkerton antes de que muriera Chester?

—Me temo que sí. He sido yo. Pero no fue antes de que muriera, sino antes de que yo saliera para el «Moby Dick». En el último momento

cambié de idea y di el aviso a la policía por si surgía algún problema allí. Ten en cuenta que no me fiaba mucho de Lucy.

—Pues me lo podías haber dicho antes. Resulta que llamaste a la policía antes de salir de casa... y ¿cuándo se presentaron? Cuando nosotros nos fuimos aún no habían llegado... He sido idiota. Podías habérmelo dicho antes. Si lo llego a saber, en vez de felicitar al sargento le habría echado una bronca por haber llegado tan tarde. ¡Y él tan contento de haber encontrado a Chester con vida! Si se descuida nos encuentra a todos muertos.

—Y ¿cuál es la información que le dio Chester? No me lo ha dicho. Total que no viene cuando se le necesita, recoge información y encima no me lo dice. ¡Soy un perfecto idiota! «¡Felicidades, sargento, le felicito!» —dijo con voz burlona, riéndose de él mismo.

—Está bien, Arlie, déjalo ya. Lo importante es que todo ha salido bien.

—Sí, sobre todo para Pinkerton.

—¿Qué me decías que íbamos a hacer esta noche?

—Pues podíamos quedarnos en casa. Yo prepararía la cena. Te puedo enseñar un plato chino nuevo que es una delicia.

—¿Y que más me vas a enseñar? —dijo Angie sentada encima de la mesa al tiempo que subía la pierna y se levantaba la falda, en plan insinuante.

—Angie, aquí no, en el despacho del jefe de sección que soy yo, no —dijo con voz temblorosa y risueña.

—Si no me prometes que me vas a enseñar algo más grito.

—Cariño, cuando te pones así me das miedo.

—Pues esto no es nada. Ya verás luego.

FIN

Colección TAM-TAM

Editorial Ceres brinda a sus fieles lectores la Colección TAM-TAM, destinada a todos los amantes de la aventura, en cuyas novelas encontrarán los temas más interesantes, en exóticos ambientes, donde el sexo, la violencia y la acción trepidante toman carta de naturaleza.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO. Curtis Garland
2. DOS HOMBRES, UNA MUJER Y UN TESORO. Alan Parker
3. EXTRAÑO SAFARI. Rocco Sarto
4. MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA DE LA MUERTE. Alex Simmons
5. FLORES DE HIBISCO. Lou Carrigan
6. SANGRE EN EL OCÉANO. Elliot Dooley
7. INFIERNO VERDE. Lucky Marty
8. EL LAMA NEGRO. Ralph Barby
9. CAZAD A LOS FURTIVOS. Alex Simmons
10. CORTADORES DE CABEZAS. Alan Parker
11. LA CIUDAD PERDIDA. Joseph Berna
12. LA BESTIA AGUARDA. Rocco Sarto
13. LA CAJA NEGRA. Lou Carrigan
14. DIAMANTES NEGROS. Lucky Marty
15. POR EL CURSO DEL ARAGUAYA. Bab Fleming
16. EL MISTERIOSO «BIGFEET», Alex Simmons
17. PALOMAS SIN PALOMAR. Lou Carrigan
18. EL PUENTE EMBRUJADO. Elliot Dooley

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!





EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España